

ISSN:1665-7241

Q

206

MAR / 22



\$50.00 [www.laquincena.mx](http://www.laquincena.mx)



# ¿Murió el dedazo?

# Cartón de Chava



**15** DIARIO  
.COM

[www.15diario.com](http://www.15diario.com)

Samuel Schmidt

# Q

**Director**

Luis Lauro Garza

**Editora**

Adriana Garza

**Arte y diseño**

Martín Ábrego Parra

**Comunicación e imagen**

Irgla Guzmán

**Publicidad**

Gerardo Martínez

**Fotografía**

Rogelio (Foko) Ojeda

**Ilustraciones**

Salvador (Chava) González

**Asesor legal**

Luis Frías Teneyuque

\* Agradecemos a Samuel Schmidt, Xóchitl Patricia Campos y Diego Velázquez, su contribución como coeditores de este número de la revista. Una colaboración más entre nuestras publicaciones hermanadas: El Reto y La Quincena.

**3** Cartón de Chava

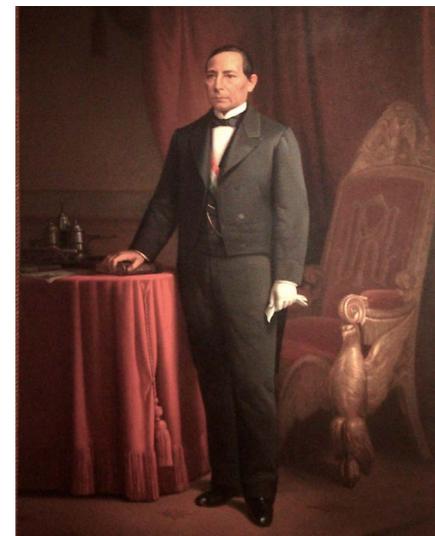
**4** Índice

**5** ¿Murió el dedazo?

Samuel Schmidt

**10** El dedazo presidencial: ¿muerte o renacimiento?

Gerardo Lozada Morales

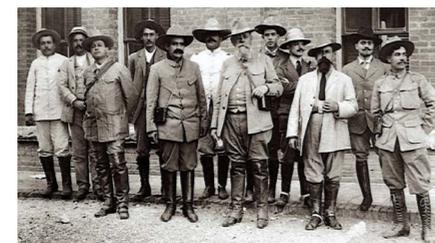


**15** El dedazo presidencial "reloaded": trazando la ruta para el 2024 en México

Marcela Maldonado Bodart

**18** Elucubraciones acerca de los nombramientos sucesorios

Margarita Salazar Mendoza



**21** 2024: adiós al dedazo

Mentor Tijerina Martínez



**26** La prohibición del proyecto transexenal mediante la designación autoritaria estadounidense

Xóchitl Patricia Campos López y Diego Martín Velázquez Caballero

**32** Auge y crisis del dedazo en México

Carlos Ramírez



**36** Origen y fundamento del dedazo

Mario Rechy

**37** ¿La muerte del dedazo?

Jose Luis Talancón E.

**38** Origen del dedazo y la consecuente política falangista

Ricardo León García

**40** Ad extremum digiti

Miguel Molina

**42** Cartón de Chava

Se encuentran un gringo y un mexicano a hablar de su sistema político. El estadounidense dice: Nuestro sistema político es tan avanzado que sabemos quién será el próximo presidente en la noche de las elecciones. El mexicano responde: Eso no es nada, en México sabemos quién será el próximo presidente un año antes.



**A**ustin.- Los cambios en política deben ser cuidadosos, porque pueden tener consecuencias inesperadas e indeseadas, ya que tanto la sociedad como la política tienen elasticidad limitada.

La lógica dice que los cambios buscan cumplir con la agenda del promotor, que muchas veces confronta intereses y posiciones políticas establecidas, por lo que en pro de la estabilidad se debe evitar o minimizar el conflicto y la turbulencia que pueden afectar el cam-

bio y hasta descarrilar la intención inicial de la transformación buscada.

El cambio se enfrenta a dos expectativas problemáticas: las demandas de los radicales, que quisieran ver mayor alcance; y la resistencia de los afectados; así que el reformador requiere ir midiendo los efectos y avances de lo modificado y considerar qué es lo que más conviene, porque en principio no se debe tratar de cambiar todo al mismo tiempo. Una lección la dieron los soviéticos: con la *perestroika* intentaron reformar la vida

del partido, que era omnímodo; y con el *glasnost* buscaron reformar la economía; y el país se les deshizo, literalmente: desapareció la URSS y la Federación Rusa sigue intentando reconstruir imperialmente las viejas glorias, enfrentándose a los otros imperialismos, que siguen en la paranoia anti-rusa. La historia dará para mucho, si es que la guerra no se nos adelanta; por lo pronto, Putin ya metió a Venezuela y Cuba al juego de Ucrania, Europa moviliza tropas hacia Rusia y Estados Unidos mete al Medio Oriente

buscando reemplazar el gas ruso que se entrega en Europa.

Los políticos deben escoger muy bien el momento y el tipo de cambio para lograr un mejor resultado, que normalmente se enfrenta a la resistencia social y política. Un presidente recién electo goza de un bono electoral que predispone a la sociedad para aceptar los cambios, pero el bono se desgasta; un presidente con alta aceptación puede contar con una base de apoyo y tolerancia para sus propuestas; un presidente con baja aceptación tiene las manos atadas. La excepción al principio que acabamos de mencionar es el gatopardismo, que consiste en reformar todo para que no cambie nada y que es muy atractivo para los políticos.

AMLO llegó con la promesa de reformar el régimen, que según el diccionario es un sistema de gobierno, lo que implica terminar, o por lo menos modificar, sustancialmente las distorsiones económicas, sociales y políticas propiciadas por el neoliberalismo, algunas formales y otras informales; pero enfrenta la dificultad de que algunas están ancladas en la constitución (como la reforma eléctrica) y tiene opciones limitadas fuera del sistema jurídico para echarlas por tierra; enfrenta también una respuesta agresiva de empresas nacionales y extranjeras y políticos de otros países (principalmente Estados Unidos o España), quienes responden al llamado de sus cabilderos; y por el otro lado tiene que satisfacer las expectativas de sus bases políticas. Las complicaciones con el cambio constitucional para echar atrás las bases neoliberales, dificulta el avance de su agenda. En México, la constitución se ha convertido en un instrumento de gobierno y por eso su ajuste adquiere importancia para establecer agenda propia o deshacer lo de los demás.

La noción reformista de AMLO, desde el principio era que en seis años se pondrían las bases para un cambio profundo, de ahí que la ambiciosa agenda política de la 4T lleva en primer lugar la necesidad de continuidad el proyecto; y eso incide en varias vertientes: consolidar su partido, minar (más) a los otros partidos que se han ganado a pulso el rechazo social, imponer/crear nuevas reglas del juego, tanto para su partido en particular, como para la política en general.

Entre las reglas del juego de la sucesión con las que jugaba el priismo destacan el tapadismo, el dedazo y la disciplina/obediencia. Las sucesiones de 2000, 2006, 2012, 2018 demostraron que en

## “Entre las reglas del juego había el requerimiento/expectativa de una cierta inmovilidad de los actores políticos, lo que permitía generar procesos políticos sin turbulencia.”

principio esos mecanismos como reglas definitorias del juego cesaron; parecían ser reglas o necesidades de los regímenes del PRI y fueron superadas hasta para el PRI, cuando perdió la presidencia el control absoluto del poder legislativo y los poderes locales; aunque se mantuvo en cierta medida en los estados.

No había reglas precisas para suplir la ausencia de presidente o elector mayor, como se le consideraba; y tuvieron que generar un mecanismo de selección de candidatos en condiciones de igualdad; a eso los políticos le dicen que el suelo sea parejo para todos, o que los actores políticos compitieran en igualdad de condiciones, como elemento central de la competencia política en cualquier sistema político que se repute de democrático, aunque esa igualdad no existe. Ahora, como ha sucedido en las presidencias del partido a nivel local, el presidente del PRI se promueve como candidato presidencial frente a serias oposiciones a su candidatura y a su posición en el partido. A nivel local, el papel de elector mayor para presidencias municipales y diputaciones lo asumió el gobernador, el cacique local, o factores de peso, que muchas veces era un oligarca local, pero también eso pareció debilitarse.

Entre las reglas del juego había el requerimiento/expectativa de una cierta inmovilidad de los actores políticos, lo que permitía generar procesos políticos sin turbulencia. Esto lo retrató muy bien Martín Luis Guzmán, con una conseja que plagió y se apropió Fidel Velázquez: “la política es como la fotografía, el que se mueve sale borrado”; el presidente era el fotógrafo, controlaba el movimiento de la cámara y el laboratorio de develado (tal vez, el principio se perdió también con las cámaras digitales).

El sistema funcionaba a nivel nacional y no solamente para presidente. El presidente ponía o autorizaba candidatos a gobernador, presidentes municipales de ciudades importantes; a un presidente municipal de Ciudad Juárez, el presidente de la república le pidió/ordenó que aceptara el puesto, porque “nadie

desobedece una decisión presidencial”. Esta regla parece haber cambiado, y ahora genera exactamente la situación contraria: el que no se mueve no entra a la foto, y aunque posiblemente el presidente siga controlando la cámara, el juego se ha abierto; si alguien cree que puede lograr impulsarse jugando a rounds de sombra, corre el riesgo de agotarse y no avanzar a ningún lado, aunque la prudencia siempre es conveniente y por eso los políticos juran y perjuran que no les interesa dar el salto; el que se mueve demasiado puede hacer olas innecesarias que lo pueden descalificar, en parte por ponerse en la mira de muchos tiradores que pueden acribillarlo para restarle posibilidades, en parte porque la política es el juego de la descalificación y eliminación de los contrarios. Es la metáfora de la olla de cangrejos que está llena, porque el que intenta subir, los demás se encargan de arrastrarlo para abajo.

Reconozcamos que se requiere habilidad política para saber cómo, cuándo y qué tanto moverse, no se vaya a caer en protagonismo *in extremis*, como le sucede a Porfirio Muñoz Ledo, que en busca de la chuleta se mueve en falso, como su maniobra para ser nombrado embajador en Cuba, sin que nadie lo supiera.

Esas reglas de operación priistas le dieron relevancia a dos fenómenos: el tapadismo y el dedazo. Echemos un vistazo para buscar los orígenes de ambos.

El tapado pudo haberse originado en la situación descrita por Saúl Álvarez, quien sostiene que cuatro grupos políticos creados alrededor de líderes revolucionarios se sucedían en el poder de manera concertada (carrancista, obregonista, callista, cardenista), la mecánica era que si presidía el grupo uno, el candidato del grupo 2 ya estaba tapado en el gabinete, presidiendo el 2 un miembro del 3 ya estaba en el gabinete y así el cuatro para continuar el ciclo volviendo al uno, el escogido por su grupo era el verdadero tapado y cuando salía ungido candidato sería presidente porque no había competencia política, el candidato del PRI era presidente.

El destape y el dedazo que confirma-

ba al ungido, secretamente eran parte de un rito trazado con gran inteligencia, porque dentro del dominio de un partido hegemónico, daba la sensación de que había competencia, los medios hacían el juego de apuestas y especulaciones de quién estaba mejor posicionado, y hasta leían señales inventadas por ellos; la gente leía fotografías para especular sobre la cercanía al poder y la sociedad hasta se emocionaba con la campaña presidencial, que servía para que se conociera al futuro presidente; se reforzaban y (re)acomodaban las alianzas locales, además de que se repartían bienes y promesas para la gente (todavía tengo un *usb* que repartieron con Peña, que no funcionó). Servía también para que se mostraran las fuerzas que actuaban dentro de los grupos principales y se acomodaban las fuerzas locales y nacionales que le daban viabilidad al sistema político. Con frecuencia el elegido no era parte del gabinete principal, pero posiblemente, por medio de cierto juego inter grupal, se acomodaba en el gabinete, en una posición que lo lanzaba a la palestra y a ser el próximo tlatoani. La fuerza del presidente se asentaba justamente en lograr la enorme disciplina de los grupos esenciales y los secundarios, y su capacidad para que no se descompusiera el juego y que los ingenuos que estaban fuera de la cábala se alebrestaran (cábala en el sentido de cuestión tradicional, esotérica, oculta o secreta).

El dedazo era la sanción presidencial para ese acuerdo de largo alcance tomado por las facciones de los líderes revolucionarios; era el acto simbólico que mostraba la aceptación del arreglo sucesorio de la familia revolucionaria, donde un grupo le entregaba el poder a otro grupo; y recordaba el compromiso para hacer lo mismo con el grupo que seguía, y era el mensaje para la élite política de que el presidencialismo era sólido. Eso es lo que se trató de vender como el presidente como fiel de la balanza.

El jefe máximo puede influir relativamente hacia dónde se inclina la balanza de las fuerzas que luchan por el poder, porque no puede ir en contra del mega acuerdo establecido de antemano; pero puede cargar los dados fuera del juego presidencial: a nivel local o en el poder legislativo, porque el presidente (grupo) saliente amarra sus intereses con la legislatura del entrante; y este ajustará a mitad de sexenio y luego dejará su legado. El presidente determinaba relativamente qué tan parejo es el suelo; y armaba o destruía carreras políticas, pero respetando en principio los deseos



de los grupos que luchan por el poder. Posiblemente este haya sido uno de los factores que creó una suerte de pacto de impunidad, donde se respetaban los abusos del presidente, su familia y su camarilla cercana.

La explicación de Álvarez es un buen indicador para entender la estabilidad de largo alcance de la política mexicana, donde se configuró una sólida red de poder y establecieron valores que se pueden resumir en: disciplina y lealtad. Se obedecen las decisiones y se es leal al gran mega diseño de la revolución mexicana y a su jefe supremo temporal, porque durará 6 años. (El sexenio sin reelección es otro invento genial, pero este no es el espacio para discutirlo.)

Hay un acuerdo similar en Tlaxcala, donde Emilio Sánchez Piedras formó un grupo político, cuyos miembros se sucedieron en la gubernatura del estado, hasta que uno de ellos rompió las reglas de sucesión; y el no agraciado, cuyo turno había llegado, abandonó al PRI, lanzándose por otro partido; así el grupo siguió dominando, pero se rompió la disciplina y lealtad al partido.

Desde este punto de vista, es posible

que la insistencia en imponer a Carlos Salinas en la presidencia por parte de los tecno burócratas, hoy ya conocidos como neoliberales, haya roto el acuerdo y molestado a los cardenistas, que sentían que era su turno; y por eso se salen del PRI, los grupos pelean entre ellos y rompen el respeto a las reglas electorales; Salinas defrauda la elección y genera una fractura que no tendrá reparación posible; así el dedazo adquiere un nuevo significado y el ungido se encuentra con fuertes resistencias dentro de su mismo subgrupo, y es asesinado; fue tal la arrogancia de este subgrupo, que uno de sus miembros anunció que permanecerían en el poder 18 años, profecía cumplida si se les considera neoliberales, pero incumplida al tener que entregarle el poder al PAN, que siguió con el mismo modelo. El sucesor de Salinas careció de legitimidad y capacidad de equilibrar a los grupos, y ante su gran debilidad, cedió ante Estados Unidos, que lo obligó a entregarle la presidencia a la oposición.

El grupo Salinas rompe el mecanismo de sucesión presidencial, se afecta el rito y la simbología de la transmisión de poder dentro de la gran familia revo-

lucionaria y se permite que una fuerza externa pueda determinar un evento político tan sustancial como la elección del presidente; hasta que llega López Obrador, evento que puede responder a dos posibilidades: excluyendo la retórica que siempre fue un componente libre dentro de los grupos, al grado que confundió a académicos que creían que había un péndulo político que corregía los errores o las tendencias, por ejemplo el paso del “izquierdismo” de Cárdenas al derechismo de Ávila Camacho, y llevaba al sistema de izquierda a derecha, aunque tardaba en volver a la izquierda, se abre la posibilidad según este análisis de que en 2018 se recompuso el acuerdo entre grupos y regresó el cardenismo, reviviéndose el mito y el rito de la campaña con una gesta de 12 años. Si esto es así, ¿se cumplirá el ciclo?; ¿a qué grupo de los 3 le toca en 2024? Si la respuesta es positiva, entonces volverá el tapadismo y el dedazo.

La segunda posibilidad es que, sin poderse recomponer la fractura propiciada por Salinas, el grupo que llega con AMLO puede plantearse permanecer en el poder tanto tiempo como le sea posible, al estilo del grupo al que pertenece Salinas, lo que reactiva el dedazo y el peso presidencial en la balanza; o abrir nuevas reglas del juego, para que los grupos internos peleen por las posiciones fundamentales, incluida la presidencia.

Hay varias formas de concebir el peso del presidente más allá de lo que determina la constitución: era el tlatoani, el jefe máximo de la revolución mexicana, el primer priista del país. Muchos consideran que Plutarco Elías Calles fue el gran jefe máximo, porque tuvo la capacidad de manipular la presidencia durante seis años, a partir del asesinato de Obregón, aunque su capacidad de controlar el sistema político terminó cuando Cárdenas lo expulsó del país; a Calles se le acredita la creación del partido, pero durar menos de 6 años en la jefatura máxima lo presenta con un mérito menor. Cárdenas y Alemán harán cambios en el partido, pero no se les considera jefes máximos. Posiblemente eso del máximo fue un mito genial.

El enfoque de Álvarez parece convincente, especialmente porque muchos especulan sobre el factor que ha garantizado la larga estabilidad política mexicana; y aunque algunos sostienen que ese factor es la corrupción, ésta debe agregarse a plantear la existencia de un marco de arreglo sucesorio de largo alcance, que eliminó los golpes de Estado; pero

*“El destape y el dedazo que confirmaba al ungido, secretamente eran parte de un rito trazado con gran inteligencia, porque dentro del dominio de un partido hegemónico, daba la sensación de que había competencia.”*

la explicación tiene errores: el principal es que los historiadores convencionales piensan que Calles y Obregón eran uno solo, al ser parte del Grupo Sonora; luego entonces supondríamos que ese grupo se partió; tampoco explica el mecanismo para preservar el acuerdo entre los grupos a lo largo de las décadas y cómo se articulan para garantizar que se respetara el arreglo. Tampoco explica cómo se determina el momento en el que el nuevo presidente se inserta en el aparato decisorio que lo lleva a la presidencia; aunque los regímenes del PRI mostraron la existencia de carreras políticas de largo aliento, de nuevo esto terminó con Salinas, donde las carreras burocráticas se acortaron y se pone a un tecno burócrata, sin experiencia partidista; Peña ejerciendo su papel presidencial impone como candidato a alguien ajeno al partido y con exclusiva carrera burocrática, lo que le dio la puntilla al apoyo del partido entre las bases partidistas; o sea que el dedazo de Peña es el último que alcanzó el PRI (hasta ahora).

*¿Murio el dedazo?*

AMLO al parecer intentó convertir el proceso de sucesión presidencial y lo abrió con mucha anticipación al presentar una baraja de posibles candidatos, lo que se interpretó que eran los que habían pasado el tamiz presidencial. En su tiempo, De la Madrid armó una pasarela supuestamente para abrir el juego y decir que no había tapado; pero algunos lo interpretaron como el intento para legitimar el dedazo a favor de Salinas; ¿caso AMLO realizará un delamadridazo para legitimar a quien nominará el partido? El intento del destape de AMLO de los aspirantes no adelantó el proceso, sino que abrió un proceso que ya había empezado; pero la desconfianza persistente de la política sugiere que fuera de esos mencionados se esconde algún otro candidato.

La sucesión presidencial inicia tal vez en el momento en que se elige al presidente y las fuerzas empiezan a posicionarse para la siguiente elección; posteriormente se convierte en competencia burocrática y lucha por posicionar a sus

alfiles en las distintas posiciones políticas (gubernaturas, presidencias municipales, diputados, senadores, en posiciones de representación social y liderazgos del partido, que en el caso de MORENA muestran grandes divisiones). Al no conocerse nuevas reglas políticas, los actores políticos pueden experimentar formas de acción nuevas, o buscar restaurar modelos aparentemente descartados. Se abre la posibilidad de que los competidores para el 2024 busquen que AMLO restaure el dedazo a su favor.

La lista de AMLO ha removido las aguas y Monreal ha hecho lo posible por meterse a la lista propiciando una andanada en contra como respuesta; no falta quién sugiera (siguiendo el viejo análisis convencional) que Adán Augusto López, por estar en gobernación, se suma a la baraja; y hasta se puede pensar en que por ahí anda el verdadero tapado; mientras los cardenistas esperan que Lázaro brinque al gabinete. Un sector de Morena, que se define como el ala democrática (izquierdista) del partido, promovió una Convención Nacional, para presionar y que su voz se escuche para apoderarse de la dirigencia del partido, promover candidatos, lo que implica inclinarse por alguien en el gabinete, apoyar a un gobernador (rompiendo la costumbre de que sea alguien del gabinete), o meter al gabinete a alguien que no está en la opción actual (este tipo de movimiento lo negó el presidente, al anunciar que no habría más cambios, pero no cumplió); a final de cuentas, para el ejercicio del poder y de la historia, la crítica de lo que cumplió o no el presidente sirve para elecciones ratificantes, pero no para el manejo de las opciones políticas. Entonces parece quedar claro que se espera respetar la costumbre y que sea el presidente el que indique con el dedo quién será ungido(o).

Un país con instituciones y prácticas democráticas inmaduras requiere de mecanismos ratificadores, de ahí que AMLO haya recurrido a la promoción de la democracia participativa, ya sea en asambleas con voto a mano alzada, o la promoción de consultas populares, que se incluyó en la constitución; pero eso



es insuficiente ante decisiones mayores, que son bloqueadas por la oposición, que apuesta a descarrilar al gobierno; es correcta la postura de que la sociedad debe tener la posibilidad y prerrogativa de remover a funcionarios.

El hecho de que AMLO haya insistido en que la opción de nominación del candidato será del pueblo, y que el mecanismo idóneo se expresará por medio de una encuesta, aunque sea un método lleno de problemas en especial por la deshonestidad manifiesta de la mayoría de las casas encuestadoras, parece ser la menos mala de las opciones, mientras no haya un mecanismo político que se base en la participación directa, como las elecciones primarias.

En cualquier sistema político la opinión del presidente (o jefe de Estado) es de calidad, aun cuando no sea la voz definitiva, al existir mecanismos formales e informales para la sucesión; pero sin duda que su acción altera la balanza al darle peso a alguna de las opciones; si vemos a la política como una carrera de largo alcance, aceptaremos que no todos los corredores tienen la misma condición, ni los mismos zapatos, ni el mismo soporte técnico; la intervención del presidente en alguna parte de la carrera (como cuando nombra a sus colaboradores, porque no todas las oficinas tiene el mismo peso político), entonces pesará y desnivelará el terreno. Los cardenistas reclaman la posibilidad de que Lázaro

Cárdenas sea el candidato de Morena, pero el presidente lo nombró como influyente jefe de asesores, posición desde la que no puede impulsar su pre candidatura; tal vez a eso se deban las declaraciones combativas de Cuauhtémoc Cárdenas, quien quisiera ver a su cachorro en Palacio Nacional. ¿Será eso dedazo?

AMLO es un político proclive a remover las aguas, lo hacía a diario desde que era jefe de gobierno de la Ciudad de México; y como presidente ha demostrado que no permite que le arrebaten la posibilidad de fijar la agenda política; y por eso la derecha intenta crear una pugna por la agenda, insistiendo en lanzar bombas, aunque lleven imprecisiones y hasta mentiras, para llevar al presidente a discutir esas bombas y perturbar la información gubernamental. Al parecer el trasfondo es la sucesión: si la oposición/derecha carece de capacidad, tal vez intenten debilitar a AMLO para que no pueda “poner” a su candidata preferida. Esta visión es por sí misma muy problemática.

El testamento político de AMLO (que no es público) removió las aguas de la sucesión, que muchos pensaban que estaban tranquilas, esperando a que los golpes bajo la mesa y en los medios discernieran la justa política. No se haría realidad el dedazo si AMLO definió quién sería su sucesor en caso de muerte; pero si fuera el elegido al definirse el proceso, entonces sí se configuraría el dedazo. El que no se conozca el texto del

testamento, anima la especulación; pero hay que verlo a la luz de un hombre que es consciente de su muerte y de la importancia de dejar consolidada la tarea que inició.

El dedazo es un instrumento del sistema y no depende del carácter del presidente en turno; la pregunta entonces es si a favor de asegurar la continuidad del proyecto llamado 4T, AMLO ejercerá sus atribuciones meta constitucionales y meta presidencialistas para inclinar la balanza, inclusive para pesar lo suficiente para que su candidato/a sea electo/a.

Hasta aquí se ha visto al dedazo como un instrumento de manejo de las pugnas entre políticos; ¿y la sociedad? ¿Qué papel jugarán en la sucesión las organizaciones sociales, los sindicatos, centrales campesinas, organizaciones de las capas medias y empresariales? Hasta ahora la mayoría estuvo corporativizada en el PRI, pero este partido ha perdido la capacidad de convocatoria, y falta ver si se han tendido puentes de esas organizaciones con Morena y el presidente. Para asegurar una sucesión pacífica y tersa, AMLO requiere conciliar con toda la sociedad, para eliminar la sensación de imposición.

¿Podrá o se atreverá AMLO a romper con la inercia cultural y política? ¿La encuesta podrá romper la historia? Son preguntas difíciles de responder y tal vez las señales evidentes del proceso nos den la respuesta (o sí).

# El dedazo presidencial: ¿muerte o renacimiento?

Gerardo Lozada Morales

*Le era, pues, necesario a Moisés encontrar al pueblo de Israel, en Egipto, esclavo y oprimido por los egipcios, a fin de que aquéllos, para salir de la esclavitud, se dispusieran a seguirle. Convenía que Rómulo no quedara en Alba y fuera expuesto al nacer, si se requería que se convirtiera en rey de Roma y fundador de la patria. Era necesario que Ciro encontrara a los persas descontentos del imperio de los medos, y a los medos débiles y afeminados a causa de la larga paz. Teseo no hubiera podido demostrar su valor si no hubiese hallado dispersados a los atenienses. Estas ocasiones, por lo tanto hicieron a estos hombres felices, y su excelente valor hizo que fuera conocida la ocasión gracias a la cual su patria fue ennoblecida y consiguió la prosperidad.*

Nicolás Maquiavelo

**P**uebla.- La principal reflexión de este ensayo surge de las diversas transformaciones que la política mexicana ha tenido durante las últimas dos décadas, principalmente porque las prácticas políticas tradicionales que predominaron durante el viejo régimen han ido desapareciendo o transmutando. Tal es el caso del presidencialismo y de la capacidad que tuvo el poder ejecutivo para concentrar el poder político e imponer la designación de candidatos que posteriormente ocuparon la silla presidencial. Maniobra denominada “el dedazo”.

Dicho fenómeno dejó en evidencia la inexistencia de la división de poderes, los procesos de elección democráticos, la incapacidad institucional organizativa y democrática del sistema de partidos, la concentración del poder del partido hegemónico pragmático, del corporativismo, de las instituciones, de las estructuras del Estado y más...; pues estaban totalmente alineadas de manera vertical al presidente; por encima de la constitución, nutriendo totalmente al régimen político y al sistema político. Por tal motivo, es necesario cuestionarnos si el dedazo presencial ha muerto o renacerá.

Para responder a dicha interrogante, es necesario considerar la probabilidad de que el dedazo haya desaparecido, si se consideran dos variables necesarias, como: 1) la frágil e incipiente democratización mexicana; y 2) el empoderamiento de la sociedad civil. Puesto que, pese a contar con niveles de abstracción altos, pueden ser el punto de partida para redefinir las características del sistema político mexicano durante las últimas dos décadas del siglo XXI y poder proyectar escenarios políticos en próximas contiendas presidenciales.

*Breve arqueología del presidencialismo: la piedra angular*

La historia de nuestro país tuvo un vasto pasado lleno de conflictos e inestabilidades, que incidieron en la arquitectura de nuestro *ethos político*. Jorge Carpizo (1978) retomó de Daniel Moreno, para describir el presidencialismo del siglo XX, la idea de que el poder ejecutivo mexicano tenía características “prehispánicas y mágicas”, al estilo del *México mítico y mágico*, que Jorge Carrión (1971) expuso en 1955, y que nos remite a mirar que, desde la construcción del Méxi-

co Independiente del siglo XIX, la vieja herencia de caudillos, la religiosidad, la desigualdad castiza, las frecuentes tentaciones monárquicas y centralistas, en su encuentro con el radicalismo de las ideas modernas y liberales occidentales (Guerra, 1991), fueron factores significativos que ayudaron a mantener estabilidad ante diversos sucesos de guerra, imposiciones de proyectos de nación, sediciones o separatismos territoriales, intervenciones extranjeras, etcétera. El presidencialismo a nivel simbólico logró sincretizar lo que Alfonso Reyes definió como el choque de jarro de dos imperios; uno heredero mesoamericano y otro español.

Basta con mirar el proceso evolutivo constitucional desde 1812, 1822, 1824, 1836, 1846, 1857, hasta la vigente de 1917, para entender que la exigencia de la concentración del poder era necesaria, tal y como lo miraron los Constitucionalistas liderados por Venustiano Carranza. La cooptación y concentración del poder fueron elementos fundamentales para amenizar a los conflictos de la guerra de revolución que se desató en contra de la dictadura porfirista y del fracaso maderista por transformar la realidad política hacia las riendas democráticas, proyecto que culminó en un escenario trágico. Empero, dicha constitución, pese a contrastar con la época, logró su cometido, al brindar derechos ya no solo ciudadanos a los individuos, sino otorgar derechos laborales, afianzar al país en el supuesto de ser una república federal democrática, con un equilibrio de poder tripartita (ejecutivo, legislativo y judicial), afianzar autonomías estatales y municipales, prohibir la reelección, entre muchas características más; pero que en esencia y de manera paradójica operó como el referente máximo de la centralización del poder en la imagen del ejecutivo, para dar como resultado a la tradición presidencialista (Valadés, 2011). Pues fue totalmente una maquinaria constitucional (Mill, 1997) que ha trascendido el paso del tiempo.

Años más tarde, con el origen y consolidación del sistema político mexicano en 1929, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario (actual PRI), fue necesaria en la praxis política la sumatoria de las fuerzas predominantes para poder generar estabilidad, en una época de exigencias donde el país no podía contar con una estabilidad interna y mucho menos externa, para hacerle frente a los retos globales que exigió la modernidad y su posterior crisis mo-



derna vista en las Guerras Mundiales. La consolidación se forjó desde el Maximato del presidente Plutarco Elías Calles (1924-1928-1934), hasta la llegada al poder del general Lázaro Cárdenas (1934-1940), quien impulsó una modernización extrema en el país, la cual se reflejó en la consolidación de un corporativismo alineado, tanto a las estructuras del poder del Estado, del partido oficial y del presidente (Garrido, 1986), sumado a la instauración ideológica-hegemónica de una cultura nacionalista diseñada por las viejas camadas de filósofos e intelectuales –muchos educados por los científicos positivistas del porfirismo, como el Ateneo de la Juventud y los 7 Sabios– que operaron en universidades, instituciones, secretarías, embajadas, etcétera.

Como es notorio señalar, la política mexicana nunca dejó de lado –ni de su inconsciente colectivo– a la imagen de un líder político fuerte, ya consolidado en la figura presidencial, que al estilo de un “emperador sexenal”, o de una “monarquía sexenal hereditaria de corte transversal” (Cosío Villegas, 1975),

fue el reflejo y transformación que tuvo la concentración del poder, para lograr así una estructura piramidal sobre los poderes de todos los niveles organizacionales del gobierno, estados, municipios relevantes, y puestos del congreso, así como contar con un centralismo de poder geográfico, donde se concentraron las principales secretarías del Estado (Cosío Villegas, 1972). Enarboló durante décadas a la maquinaria de un partido hegemónico pragmático (Sartori, 1976), que logró evolucionar y adaptarse a las transformaciones globales y nacionales, dando orden al sistema de partidos, mientras que la política nacional se reguló a través del culto constitucional, prácticas populistas dirigidas hacia políticas sociales para impactar en los estratos populares (Adler-Lomnitz, 2004). Sin olvidar a la gran maquinaria represiva, tan característica del autoritarismo que alineó totalmente al poder judicial y al ejército, más el dominio de los medios de comunicación.

La práctica del dedazo se inmortalizó en un ir y venir de la formalidad a la



informalidad política, ya que, desde la consolidación del sistema político mexicano, la designación de sucesores a la presidencia se volcó a ser tan común que, en la mayoría de ocasiones el puesto del secretario de gobernación indicó la línea de sucesión a la presidencia del país. Sin embargo, el desgaste del autoritarismo comenzó con la mayor ruptura de las fuerzas políticas internas del *partido hegemónico pragmático* (PRI), que se reflejó en la elección presidencial de 1988, con la escisión del Frente Democrático Nacional encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo (Molinar y Weldon, 2014). Aquel punto de ruptura había sido precedido por la tensión sistémica de las represiones en contra de las movilizaciones sociales, que se sumaron desde los 60s hasta finales del siglo XX, así como su creciente participación dentro de los procesos electorales, producto de las reformas político-electorales de 1977 y 1986, para desembocar posteriormente en las de 1990, 1994 y 1996.

Pese a ello, la maquinaria presidencialista autoritaria y antidemocrática continuó imponiéndose frente a su paulatino desgaste, evidente en el fraude electoral del 88, que impuso como presidente a Carlos Salinas de Gortari, quien logró conciliar durante su sexenio a las fuerzas opositoras y al descontento social con el espejismo de la tecnocracia, más políticas de asistencia y culminación del proyecto neoliberal comenzado

por Miguel de la Madrid. En síntesis, la vieja tradición del “dedazo presidencial” se vio desgastada por las tensiones del sistema político autoritario del viejo régimen; el ascenso de la sociedad civil fue fundamental para marcar las pautas de transformación del engranaje constitucional y el inminente ascenso de los partidos opositores a puestos estratégicos de poder, como lo hicieron el PAN y el PRD. A su vez, el escandaloso asesinato del candidato presidencial priista Luis Donald Colosio, rompió la línea sucesoria y mostró más las rupturas internas del PRI frente a los intereses presidenciales y la familia revolucionaria. La posterior presidencia de Ernesto Zedillo Ponce de León finiquitó el dominio del presidencialismo en el año 2000, con el primer gobierno de alternancia panista.

#### *Cimientos de la incipiente democratización mexicana*

México es uno de tantos países que se incorporaron a los proyectos de las transiciones democráticas que predominaron los estudios politológicos en la segunda parte del siglo XX, puesto que las exigencias globales –al finalizar la Segunda Guerra Mundial– se encaminaron a contrarrestar la presencia política, económica e ideológica de la URSS durante la Guerra Fría, a través del impulso hegemónico de los valores políticos de las democracias liberales y del modelo capitalista neoliberal en países que no sólo se

habían consolidado como Estados-nacionales, sino que fungían como maquinarias modernas totalitarias y autoritarias. Empero, dichos valores, al ser ajenos a la realidad de los países, tuvieron un impacto completamente distinto al esperado, y en numerosas ocasiones terminaron fracasando hasta conceptualizarse como *regresiones autoritarias* (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1988; 1994), *contra-olas democráticas* (Huntington, 1994), golpes de Estado, etcétera; dando por hecho que no se puede universalizar un simple concepto para instaurarlo en una realidad política compleja (Badie y Hermet, 1999).

Como hemos señalado, el inicio de la transición mexicana de 1977 registró una serie de transformaciones político-electorales, que condujo al primer gobierno de alternancia por parte del PAN en el año 2000, sucedido por otro en 2006 y el fatídico regreso del PRI en 2012; sin olvidar a las últimas reformas de 2007 y 2014. Se presenció una reformulación de las oligarquías políticas dentro del sistema de partidos y dentro de las tres fuerzas dominantes: PRI PAN y PRD; no obstante, hubo un realineamiento de las cúpulas de intelectuales, quienes lograron insertarse en el desarrollo institucional que impulsó la democratización, acomodándose en instituciones públicas, privadas, universidades, bancos, medios de comunicación, partidos políticos, y otros casos no tan sonados;

hasta en empresas transnacionales. En su mayoría alimentaron el mito de la transición democrática, para que los incautos desconocieran rotundamente que el proceso de consolidación democrática había quedado trunco, puesto que se careció de una reforma de Estado que lograra incidir en el entramado institucional (Cansino, 2009).

Dicho fenómeno provocó la reformulación de las viejas prácticas autoritarias dentro de los mecanismos institucionales y del sistema de partidos. El extinto presidencialismo se volcó hacia nuevas formas de dominio del político, mediante pactos informales del poder ejecutivo con los demás poderes, sectores empresariales, institucionales, sindicatos, detentadores reales de poder y medios de comunicación. La corrupción generalizada, la impunidad, el incremento del crimen organizado, el deterioro de los servicios públicos, la desarticulación de las facultades del Estado, proyectado en la precarización laboral de la sociedad civil, entre más, fueron rasgos característicos de los gobiernos panistas y priistas desde el 2000 al 2018. El término de “poliarquía”, de Robert Dahl (1971), ayuda a entender esta dinámica en el caso mexicano, puesto que la lucha por el poder y su conquista se mira con la sumatoria e integración de diversas fuerzas que compiten y pueden aliarse. Ya no hay sólo una oligarquía, sino varias en disputa, al igual que la existencia de diversas élites económicas nacionales e internacionales; sin olvidar el peso significativo de la sociedad civil y organizaciones. Estas últimas también, al ser numerosas, pueden incidir con su respaldo.

Pero, ¿cómo es posible que aún estén latentes las prácticas autoritarias y se haya extinto el dedazo presidencial? Posiblemente la respuesta esté configurada dentro de la adaptación de las prácticas políticas heredadas del pasado, en articulación con las estructuras de poder y la carente consolidación democrática. En muchos de los casos violentando la legalidad; es decir, las reglas del juego, la institucionalidad y la propia democracia. En el presente mexicano ya no hay una línea vertical ni transversal para entender el dominio del poder político, pues la complejidad ha ganado terreno. Esto fue inminente en las contiendas presidenciales vividas en 2006 y 2012, ya que el PRD logró competir electoralmente con el liderazgo de Andrés Manuel López Obrador, que hizo acto de presencia en el escenario político con un vasto respaldo popular, que fue en incremento



después de sobrevivir e imponerse a las diversas rémoras autoritarias perpetuadas por los gobiernos panistas y priistas, desde su famoso desafuero de 2004-2005, cuando fungió como Jefe de Gobierno del entonces DF, hasta su ruptura en 2012 con el PRD (como producto de las fracturas internas y la firma del “pacto por México”, que sostuvieron “los chuchos” con el gobierno de Peña Nieto y el Partido Acción Nacional), para encabezar al Movimiento de Regeneración Nacional, consolidarlo con su registro como partido político en 2014, y dirigirlo hacia la contienda presidencial del 2018.

Su caso atípico, su perfil carismático, su creciente respaldo popular, la evolución de su postura anti sistémica hacia la propuesta de un proyecto de nación alternativo, sumado a los malos gobiernos del PRI y el PAN, que provocaron una crisis de legitimidad (Rosanvallon, 2010), ante la cerrazón y complicidad del sistema electoral en manos de una institución (INE) envuelta en escándalos y acusaciones de fraude (López Gallardo, 2018), ante la crisis institucional, partidista y de representación que llevó a vastos sectores de la sociedad a imponer su descontento dentro del espacio público y de los medios de comunicación alternos a la oficialidad, etcétera. Culminó en lo que posiblemente sea un parteaguas mucho mayor para los escenarios futuros en los que se verá envuelto el sistema político mexicano, ya que, con el triunfo de la

contienda presidencial del 2018, se evidenció que una de las fisuras generadas por la incipiente transición democrática del sistema político, permite cambiar la realidad política del país.

Del 2018 hasta el presente, se ha observado la puesta en marcha de un proyecto de nación que contrarresta a los emprendidos desde la década de los 80s. El sistema político mexicano ha demostrado al paso del tiempo que la política se construye por encima de los requisitos de la racionalidad; es decir, de todos aquellos estándares diseñados por las teorías dominantes; esto sin denostar que la propia transición democrática *sui-generis* permitió con su efecto de liberalización, una significativa alternancia y triunfo de un gobierno históricamente respaldado por la sociedad y con un proyecto de nación alterno.

#### *Consideraciones finales*

Se puede asegurar en el presente que la vieja práctica del “dedazo” llegó a su fin, gracias al proceso de transición democrática que permitió un triunfo político alterno, alimentado por un vasto respaldo popular que se reflejó en las urnas y que terminó contrastando con el dominio del poder ejecutivo, como se dio históricamente en el pasado. Esto no implica que se haya consolidado la democracia.

Durante los años de gobierno transcurridos en el presente, el fenómeno del

empoderamiento de Morena como partido predominante ha encendido las alarmas, pues trae de vuelta al inconsciente colectivo el fenómeno de la concentración del poder. Y es evidente cuando miramos que es un “mal necesario” que ha acompañado a la arquitectura política de nuestro país. No se debe descuidar el valor simbólico que encarna la vieja imagen de los caudillos, únicos que han podido concentrar el poder y generar cambios ante las amenazas y tensiones internas y externas. El presidente actual, emula a la perfección dicho arquetipo político de nuestra historia, pues ha logrado congregarse a las fuerzas políticas del legislativo federal con 202 diputados, 61 senadores, ganar 16 gubernaturas, 415 diputados en congresos estatales, y 485 alcaldías.

A su vez, ha logrado sumar mayorías a través de negociaciones con su grupo de trabajo con otros partidos, para la aprobación de reformas importantes, como la Ley de austeridad republicana y paquetes presupuestales. En ocasiones ha hecho uso de decretos presidenciales, como una de las facultades legales que tiene el ejecutivo, lo que devela la existencia de un engranaje de pesos, frenos y contrapesos que durante el viejo presidencialismo no existieron, y que también expone la muerte del dedazo presidencial. Faltará mirar el desenlace de la reforma político-electoral y energética en el presente 2022.

Ha dado muestra del simbolismo que busca mantener vinculado a su gobierno con la imagen tripartita de Benito Juárez, Francisco I. Madero y Lázaro Cárdenas; un estadista, un demócrata y un modernizador. Hoy una de las claves que hereda al sistema político, para contrarrestar al viejo fantasma del presidencialismo –y tal vez para terminar de sepultarlo–, es que promovió la ley de revocación de mandato de manera exitosa, la cual responde al ejercicio democrático que involucra directamente a la sociedad civil, para reafirmar al ejecutivo o removerlo. Cosa inusual en la historia política de nuestro país, que despertó el malestar del INE y de la oposición, y que en escenarios futuros solamente quien logre concentrar la sumatoria de fuerzas políticas de tal magnitud podrá revertir, ya que es una tarea complicada, porque ya no existen lealtades presidenciales, partidistas, e ideológicas. Esto opera como garantía de haber generado un contrapeso especial a la concentración del poder, que quedará en la historia de la política mexicana, y es un baluarte de

los arquitectos modernos de la república, del federalismo, del liberalismo y la democracia.

Para concluir con la muerte del dedazo, la probabilidad de que el presidente en turno incida en elecciones para su sucesión, podrán existir si se cumplen las siguientes condiciones: si hay cohesión de las voluntades de poder entre su partido político, la clase política dominante, y sectores significativos en los gobiernos estatales y municipales. Pues una de las máximas de Maquiavelo, consiste en: no sólo llegar al poder, sino mantenerlo; y en esto radica la continuidad del proyecto de nación actual, o su finiquito. La lógica podrá operar al nivel del sacrificio del funcionamiento democrático, institucional y organizativo de su partido político.

A su vez, si cuenta con el respaldo significativo de un sector de la élite económica del país, así como de detentadores reales de poder. Y logra contener al “poder invisible” expresado por Bobbio (1986) en El futuro de la democracia. Las reglas informales pueden seguir operando, pero contrarrestadas por el peso que ha ganado la incipiente democracia mexicana. Hoy las exigencias globales paradigmáticas, requieren más que nunca a un Estado que contrarreste los fracasos del pasado, que responda a las exigencias de la crisis paradigmática global, que ha puesto en jaque a las supuestas democracias ejemplares; es decir, a las potencias, por las incapacidades de solventar la creciente desigualdad económica, la miseria, el impacto de la crisis sanitaria, la crisis económica mundial, y hacerle frente a las necesidades humanas.

*Nadie puede ser feliz sin participar en la felicidad pública, nadie puede ser libre sin la experiencia de la libertad pública, y nadie, finalmente, puede ser feliz o libre sin implicarse y formar parte del poder político.*  
Hannah Arendt (1988)

\* Doctor en Ciencias de Gobierno y Política (ICGDE-BUAP) y profesor de la Universidad de las Américas Puebla (UDLAP).

#### Referencias bibliográficas:

Adler-Lomnitz, L. (2004). *Simbolismo y ritual en la política mexicana*. México: Siglo XXI Editores.  
Arendt, H. (1988). *Sobre la revolución*. Madrid, España: Alianza.  
Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia* [1984]. México: Fondo de Cultura Económica.  
Carpizo, J. (1978). *El presidencialismo*

*mexicano*. México: Siglo XXI.

Carrión, J. (1971). *Mito y magia del mexicano*. México: Nuestro tiempo.

Cosío Villegas, D. (1972). *El sistema político mexicano*. México: Joaquín Mortiz.

Cosío Villegas, D. (1975). *La sucesión presidencial*. México: Joaquín Mortiz.

Dahl, R. (1993). *La Poliarquía: Participación y oposición* [1971]. México: Red editorial iberoamericana.

Garrido, L. J. (1989). *El partido de la revolución institucionalizada: medio siglo de poder político en México: la formación del nuevo Estado, 1928-1945*. México: Siglo XXI.

Guerra, F. X. (1991b). *Modernidad e Independencias*. Madrid: Mapfre Ediciones.

Huntington, S. P. (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona: Paidós.

Maquiavelo, N. (2001). *El príncipe* [S. XVI]. Barcelona: Bibliotex.

Mill, J. S. (1997). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza.

Molinar, J. y Weldon, J. (2014). “Elecciones de 1988 en México: Crisis del autoritarismo”. *Revista Mexicana de Opinión Pública*. Recuperado de: <https://www.elsevier.es/es-revista-revista-mexicana-opinion-publica-109-pdf-S1870730014709044>

O'Donnell, G.; Schmitter, P. C. y Whitehead, L. (Comps.) (1994). *Transiciones desde un gobierno autoritario/ 1 Europa meridional*. España, Paidós.

O'Donnell, G.; Schmitter, P. C. y Whitehead, L. (comps.), (1988), *Transiciones desde un gobierno autoritario, vol. 4: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Buenos Aires, Paidós.

Pozas Horcasitas, R. (2018). “Los años sesenta en México: la gestación del movimiento social de 1968”. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*. 63(234). 111-132.

Ronsavallon, P. (2010). *La legitimidad democrática*. Madrid: Paidós, Estado y sociedad.

Sartori, G. (1976). *Parties and Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press [trad. esp.: *Partidos y sistemas de partido*. Marco para un análisis, Madrid: Alianza].

Sartori, G. (1994). *Ingeniería constitucional comparada*. México: Fondo de Cultura Económica.

Valadés, D. (2011). “El sistema presidencial mexicano. Actualidad y perspectivas”. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, XLIV(130),283-307. Recuperado de: <https://www.re-dalyc.org/artic.ulo.ooa?id=42719904009>

# El dedazo presidencial “reloaded”: trazando la ruta para el 2024 en México

Marcela Maldonado Bodart

**C**aléxico.- El dedazo presidencial en México es, y ha sido, una práctica política ampliamente reconocida históricamente, que ha sobrevivido generaciones, e incluso evolucionado a través del tiempo, establecida y ejercida principalmente, a través de su sistema presidencial.

Así, de manera general, para que se presente un sistema presidencial “puro” de gobierno, se deben cumplir con tres criterios de manera conjunta. El primer criterio, que define a un sistema presidencial, es la elección popular directa, o casi directa, del jefe de Estado, por un tiempo determinado, estableciéndose como una condición necesaria. Un segundo criterio, es que en los sistemas presidenciales el gobierno, o el ejecutivo, no es designado o desbancado mediante el voto parlamentario, sino que es el presidente el que a su discreción nombra o sustituye a los miembros del gabinete. Destacando que en el tercer criterio, el sistema presidencial “puro” no se permite ninguna clase de “autoridad dual”, que se interponga entre él y su gabinete; esto es, que el presidente encabeza o dirige de alguna forma el gobierno que designa.<sup>1</sup> De ahí que desde la perspectiva del sistema presidencial a la “mexicana”, se siguen y observan una serie de usos y costumbres que le dan su propio toque de identidad, para la sucesión presiden-

cial.

En primer lugar, el escuchar o leer el término “dedazo”, de manera casi automática, sugiere que alguien fue “elegido” o “designado”, por lo que el uso/generalización del término implica que, de alguna forma, ya en la vida cotidiana forma parte de nuestra cultura política. Así, el término hace alusión a la práctica política en la que el presidente mexicano, en específico del Partido Revolucionario Institucional (PRI), realizaba directamente y de facto, la designación de su sucesor presidencial; y que antes de la designación, se le suma otro término, conocido como “el tapado”, pues todavía no había sido realizada la acción del “destape” a través del dedazo, lo que implica un ritual que sigue y obedece un propio proceso. Aunque para el año 2000, la práctica del dedazo se interrumpió por 18 años, con las presidencias panistas de Fox y Calderón, pero que con el regreso del PRI a la presidencia con Peña Nieto, la maquinaria y estructura del dedazo volvió a surgir en el ambiente y contexto político mexicano.

De ahí que resulte importante identificar qué contexto o características fueron sentando las bases de la cultura del dedazo presidencial en México, o si ya llegó a su fin con la práctica del dedazo presidencial en la actualidad en México.

Si bien es cierto que México estuvo

aproximadamente 70 años bajo un esquema *unipartidista* desde 1929, con la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), el sistema en sus inicios, de alguna forma aseguró y dio un balance de poder a las distintas fuerzas y dinámicas políticas que habían estado en pugna, y que generó un tipo de estabilidad política dentro del Estado mexicano, principalmente asegurando la transición de un sistema dictatorial como el porfiriato, hacia un sistema político presidencialista. Toda vez que la cultura y práctica del dedazo fue introducida a través del sistema presidencialista<sup>2</sup>, e institucionalizado a través del sistema de partidos; para entenderla se identifican de manera general, algunos de sus antecedentes.

*El contexto institucional del “dedazo” presidencial*

Después de la Revolución mexicana, y fundamentado en la Constitución de 1917, pareciera que en México, con Álvaro Obregón como *caudillo*, se iniciaba un periodo de restauración política, social y económica, así como una transición del régimen de caudillos a uno presidencialista, pues se lograron constituir alianzas entre obreros y campesinos, consolidándose posteriormente con el presidente Plutarco Elías Calles, fundando el parti-

<sup>1</sup> Sartori, G. (1996). *Ingeniería constitucional comparada*. Fondo de Cultura Económica.

do oficial a finales de 1928.

El Partido Nacional Revolucionario (PNR) se creó como un partido “único”, nacional, revolucionario, que integró y centralizó las distintas facciones revolucionarias, y que estableció firmemente la no reelección, pero sobre todo, el reparto del poder de manera ordenada y por turnos, aunque todavía con importantes cacicazgos. El PNR fue concebido para realizar tres tareas fundamentales: contener el desgajamiento del grupo revolucionario, instaurar un sistema civilizado de dirimir las luchas por el poder y dar un alcance nacional a la acción político-administrativa para lograr las metas de la Revolución Mexicana, siendo una asignatura pendiente, la justicia social. Sin embargo, se unieron otros propósitos, como el de resolver los problemas políticos y electorales sobre todo el de la sucesión presidencial, conciliar las dos corrientes, la reformista o revolucionaria y la conservadora y reaccionaria, evitar la aparición de fuertes partidos políticos regionales, sobre todo en estados muy poblados, porque podrían desplazar la dirección tradicional de una campaña de interés nacional.<sup>3</sup>

De acuerdo a Montiel (op. cit), esos eran los propósitos declarados del partido, pero en el fondo, Calles trataba de eliminar a los caudillos, y de esa manera fortalecerse como único caudillo y como “jefe máximo” de la Revolución. Con ello, el nuevo partido político estaría al servicio de los intereses de un solo individuo, aunque el partido comenzó siendo una verdadera coalición de fuerzas, bajo el mando de un Comité Ejecutivo Nacional. La eficiencia de la maquinaria del partido quedó de manifiesto a unos meses de haberse creado en las elecciones de 1929, cuando triunfó en la campaña presidencial el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, quien finalmente renunciara, siendo ocupada la presidencia provisionalmente por el general Abelardo L. Rodríguez, hasta el primero de diciembre de 1934.

El PNR designó como candidato a la presidencia al general Lázaro Cárdenas, quien emprendió en diciembre de 1933

su campaña electoral, y en donde nuevamente el partido oficial probó su eficacia, cuando el general principalmente obtuviera el apoyo en los grupos populares, siendo éstos la base de su victoria. Lázaro Cárdenas fue proclamado candidato triunfador, iniciando su presidencia en 1934, siendo sometido en principio, al “jefe máximo”, como lo había sido siempre, principalmente en lo militar y en lo político, pues el “Maximato” continuaba siendo la dinámica central de la política.<sup>4</sup>

El partido entraría en su fase “institucional”, cuando el presidente Cárdenas rompe definitivamente con Plutarco Elías Calles y las dinámicas del “Maximato”, al ordenar la transformación del PNR al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938, convirtiéndolo en un partido de masas, con el lema de “por una democracia de trabajadores”; esto es, que incluye a las clases populares, obreros, campesinos, y da vida a los sindicatos de los trabajadores: Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM), sentando con ello las bases del corporativismo en México. Cárdenas hace un llamado a todos los grupos, incluyendo a las clases populares y a los campesinos para unirse a la causa de gobierno, así como para garantizar libertades y conquistas sociales.<sup>5</sup>

Las tácticas del cardenismo probaron su validez, en la medida en que hacía concesiones a las grandes masas, la base de su poder político era más amplia y resistente. Además de los campesinos y los obreros que lo integraban, el partido pudo contar con un amplio sector de clase media, producto de la propia Revolución.<sup>6</sup>

El partido oficial iniciaría una nueva transformación en 1946, cuando el presidente Miguel Alemán sustituyó al PRM por el actual Partido Revolucionario Institucional (PRI). En esta nueva figura institucional, se tendió hacia el corporativismo como una manera de conciliar las clases, y en donde se apuntaba una tendencia para sujetar y monopolizar la actividad cívica de todos los ciuda-

danos del país. Aunque a pesar de que en la declaración de principios del PRI se reconocía la existencia de la lucha de clases, y el derecho de los trabajadores de contender por el poder, más adelante en los nuevos principios no se hace alusión a la lucha de clases y no aparece la palabra “proletario” o “proletariado”. Tampoco se habla ya de contender por el poder, sino de participar en la acción política del partido. El derecho de huelga se hace inexistente, al declarar que para que exista el orden constitucional, el ejercicio de la huelga no debe apartarse de los caminos de la ley. Así, el partido oficial tomó como legado e ideología a la Revolución, ratificando y extendiendo su dominio, sin adversario que le hiciera sombra, prácticamente hasta finales de la década de los ochenta.<sup>7</sup>

#### *Rumbo al “dedazo”: El proceso de la medición de fuerzas*

Si bien el acto político y ritual del dedazo es realizado oficialmente y por tradición por el jefe de Estado, antes de que se realice el acto de manera oficial hay un proceso de reflexión con las estructuras, es decir, una medición del clima político con las bases, así como con los diferentes actores al interior del partido; también la medición se realizaba con los demás actores externos, que le daban vida al clima y contexto social y económico de la época.

En México, Pablo González Casanova<sup>8</sup> señalaba que la votación presidencial es posterior a la elección, esto es, que la verdadera sucesión presidencial se daba antes del acto ciudadano del voto, aunque éste sea la culminación necesaria de un proceso complejo. Así, en el ritual era importante que se iniciara con una dinámica de “rejuego” de fuerzas, que por lo general comenzaba durante el antepenúltimo año del sexenio, y era expresado mediante un lenguaje subliminal, que derivaba en la elección del candidato del PRI y que, por casi durante 70 años en México, se trataba del futuro presidente de la República.

En ese rejuego no solo se manifestaban las distintas clases y capas sociales,

sino los grupos políticos que buscaban expresarlas; por ejemplo, las grandes huelgas de 1958-1959, el movimiento estudiantil de 1968, y las acciones desestabilizadoras agrarias y monetarias de 1976, fueron algunos de los condicionantes de la elección del respectivo candidato en las sucesiones de esas épocas. Así actuaban los grupos de presión, los sectores del partido oficial, los gobernadores y jefes políticos, quienes fueron orientando hacia uno o más precandidatos hasta la elección del bueno, determinada por el jefe de Estado en un cálculo de las dinámicas de las fuerzas y perspectivas, dejando un inmenso margen de libertad a la prudencia, juicio y arbitrio de la figura presidencial.<sup>9</sup>

De tal manera que los cambios en la correlación de fuerzas se realizaban después de esta medición, y con un resultado, pues buscan determinar la decisión presidencial en cuanto a la figura del tapado. Los problemas confrontados y vividos, las crisis obreras y de masas, y hasta la élite gobernante tienden a orientar la decisión del tapado, con expresiones públicas y con consejos, con demandas, presiones y reflexiones que buscaban reducir, alterar y desviar la orientación del presidente. En este rejuego, el presidente, tiene que acertar y descubrir, dentro de las restricciones del juego, cuál es el personaje adecuado<sup>10</sup> o tapado, antes del dedazo y del destape, conforme al ritual. Por ello, parte de la estrategia y del proceso antes del dedazo oficial, consistía en cambiar esas restricciones, debilitar ciertas fuerzas y grupos, pero también en fortalecer otros, incluidos los del aparato gubernamental y las del propio gabinete, para obtener lo que finalmente se conocía como la “cargada”.

#### *El tapadismo y dedazo “reloaded”*

Aunque en el año 2000, con la llegada a la presidencia de Vicente Fox, y posteriormente con la de Calderón en el 2006, el ejercicio del dedazo entró en un periodo de “pausa”, bajo la dinámica de la alternancia del poder en México. Sin embargo, pareciera que la práctica se reactivó cuando el PRI regresó al poder con Enrique Peña Nieto, dando paso al primer destape del siglo XXI, y el regreso del presidente como el gran elector, con el destape de José Antonio Meade.

<sup>9</sup> González, P. (1981). *El Estado y los partidos políticos en México*. Ediciones Era.

<sup>10</sup> González, P. (1981). *El Estado y los partidos políticos en México*. Ediciones Era.

<sup>11</sup> Urrutia, A. (28 de noviembre de 2017). En el Siglo XXI, el ritual de la sucesión presidencial no ha perdido su esencia. Periódico *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2017/11/28/politica/010n1pol>

Sin embargo, los rasgos del dedazo “reloaded” tienen sus antecedentes desde mediados de los años ochenta, con el surgimiento de la Corriente Democrática en el seno del PRI, cuando Cuauhtémoc Cárdenas exigía apertura en el proceso de sucesión, dando vida a una nueva forma de “tapadísimo”. De esta manera, el tapadismo como parte del ritual, es definido por un lado por Jorge Carpizo, como un “sistema perverso en engaños y mentiras”, en el cual el presidente era el centro de un rejuego en el poder, en medio de intrigas palaciegas, para preservar el control total de su sucesión, y en el que se engañaba tanto a los presuntos involucrados, como a la sociedad, hasta la decisión definitiva.<sup>11</sup>

En este contexto, el tapadismo continúa con sus diferentes esquemas, para evolucionar y resurgir en 1994, entre los tapados Luis Donald Colosio y Camacho Solís, en donde todos conocemos el lamentable final del primero, siendo privilegiado con el dedazo y destape Ernesto Zedillo. Así, con Zedillo en la presidencia y el turno del ritual encima, en 1997 la oposición obtuvo la mayoría en el Congreso, además de obtener el primer gobierno electo de la capital, lo que marcaría el inicio de la “pausa” del dedazo dentro de la tradición priista, pues el destapado no prosperó, dado al nuevo esquema de elección interna en el partido, para elegir al candidato oficial a la presidencia, entre otros factores, y por ello por primera vez el candidato presidencial del PRI obtuvo la derrota.

Con el retorno del PRI a la presidencia, Peña Nieto retomó el ritual 18 años después, siendo el primer destape en el Siglo XXI, pero que dio continuidad a todo un esquema y ritual estructurado de la historia y evolución del dedazo presidencial en México, que tampoco prosperó, dadas las nuevas exigencias y dinámicas sociales, con una sociedad mexicana cada vez más informada y participativa.

#### *Reflexiones finales*

El Estado mexicano, que emergió de una gran revolución popular, actualmente está inserto en las tendencias y dinámicas del desarrollo de un modelo neoliberal global; pero también de manera paralela, es testigo de cómo las políticas de sus distintos sectores e instituciones

entran en choque con las demandas sociales, con los objetivos nacionales esperados por la población, y a su vez, con los objetivos sociales que se trazan desde el propio Estado.

El dedazo presidencial surgió dentro del sistema presidencialista mexicano, en un contexto histórico, político y social, en el que el jefe de Estado era la autoridad “máxima”, pero que a la vez, obtuvo su legitimidad cuando se institucionalizó a través del sistema de partidos establecido, durante aproximadamente 70 años a través del PRI, perdurando el ejercicio de la práctica del dedazo presidencial en México.

Sin embargo, el dedazo evolucionó conforme a las dinámicas del propio contexto, y de las estructuras del sistema establecido. Este tipo de “maduración” del esquema permitió que la medición de fuerzas dentro de la propia estructura institucional otorgara un panorama más amplio al presidente elector, tanto del clima como de los distintos contextos políticos dentro de los diferentes sectores, necesarios para que se ejerciera de manera “congruente” el dedazo y el destape del tapado.

Dentro del contexto actual, a través del dedazo *reloaded*, la medición de fuerzas sentará sus bases y estará respaldada a través del ejercicio de la “revocación de mandato”, como una metodología innovadora, de expresión pública, pero también democrática, muy *ad hoc*, dadas las nuevas expresiones sociales y políticas, pero también de las nuevas problemáticas y realidades, cada vez más complejas de la sociedad mexicana y de sus grupos de presión, que exigen una mayor transparencia y participación ciudadana a través de ejercicios cada vez más democráticos.

De ahí que, a través de la revocación de mandato, se dé inicio con el “rejuego” y la medición de fuerzas, para proceder con la estrategia del reacomodo en la correlación de fuerzas de los actores dentro y fuera del partido en el poder; pero también dentro del propio aparato gubernamental y de gabinete, para abrir camino al tapado/a morenista y continuar con el ritual dinámico del dedazo, hacia la sucesión presidencial del 2024.

\* @MarcelaBodart

<sup>2</sup> Blanquel, E. (1994). “La revolución mexicana”. En D. Cosío, I. Bernal, A. Moreno, L. González, E. Blanquel, y L. Meyer. *Historia Mínima de México* (pp. 137-156). El Colegio de México.

<sup>3</sup> Montiel, L.E. (2006). *El discurso presidencial en México. El sexenio de Carlos Salinas de Gortari*. Miguel Ángel Porrúa.

<sup>4</sup> Alvear, C. (1964). *Historia de México*. JUS

<sup>5</sup> Montiel, C. (2006). *El discurso presidencial en México. El sexenio de Carlos Salinas de Gortari*. Miguel Ángel Porrúa.

<sup>6</sup> Blanquel, E. (1994). “La revolución mexicana”. En D. Cosío, I. Bernal, A. Moreno, L. González, E. Blanquel, y L. Meyer. *Historia Mínima de México* (pp. 137-156). El Colegio de México.

<sup>7</sup> Montiel, C. (2006). *El discurso presidencial en México. El sexenio de Carlos Salinas de Gortari*. Miguel Ángel Porrúa.

<sup>8</sup> González, P. (1981). *El Estado y los partidos políticos en México*. Ediciones Era.

# Elucubraciones acerca de los nombramientos sucesorios

Margarita Salazar Mendoza

**C**iudad Juárez.- Existe una serie de prácticas entre los humanos que, por el solo hecho de ser propias de los hombres, se repiten, sin importar el ámbito donde se presenten. Somos seres de costumbres –no soy la primera que lo dice–, por una parte; por otra, las relaciones sociales, que abarcan todo lo social (política, económica, educativa, etcétera), se dan, como lo explica Jean Gabriel Tarde, básicamente por imitación.

Sostiene este sociólogo francés que al recorrer la historia de los pueblos, “tan múltiples y diferentes, la primera impresión del observador superficial es la de que los fenómenos de la vida social escapan a toda fórmula general”. Sin embargo, agrega que existen múltiples semejanzas en medio de sus diferencias; es decir, notamos múltiples repeticiones. Y repetición “significa producción conservatriz”, como lo demuestra “la comunicación de la vida de un ser viviente al engendro nacido de él”. Así, la repetición es una forma vital como los movimientos periódicos de la tierra (rotación y traslación) y la imitación en la forma social. De ahí que sea posible afirmar que no es absurdo suponer que existe un cúmulo de hechos parecidos, de una semejanza clara y precisa, dentro de una ciudad o de una muchedumbre.

El jefe, el superior, sin importar si se trata del director de una empresa o del rector de una universidad, elige a sus colaboradores, sobre todo, a los más cercanos. Por supuesto, estamos ante dos ámbitos contrarios, el público y el privado.

Podríamos estar tentados a aceptar que dentro de una empresa eso es tolerable, no así en los puestos públicos. Pero preguntémosnos: ¿qué cualidades busca el director de una compañía en alguien

que de alguna manera le rinde cuentas a él y que tiene a su cargo tanto gente como toma de decisiones? Antes que todo precisa que sea competente; mas, muy importante es que le sea leal, que pueda contar con la fidelidad de dicha persona, incondicionalmente. Que si debe acudir al lugar de trabajo a deshoras, lo haga; que si se debe hacer un recorte de personal, lo lleve a cabo; que si... Eso conllevará un salario más alto que el del común de los empleados y también redundará en una serie de privilegios; ¿cómo cuáles?; por ejemplo, que sea invitado por el jefe a comer en restaurantes, a beber en prestigiados bares, o incluso invitarlo junto con su esposa e hijos a reuniones familiares en la casa del superior. En las tertulias de la casa del jefe no se consumen las mismas bebidas alcohólicas que cuando se juntan los empleados en casa de uno de ellos. Una comida en casa del patrón mostrará que se da una mayor inversión de dinero y de tiempo para compartir el momento.

Además, el dueño de una empresa prefiere a sus familiares en los puntos de confianza, pues los une la sangre; no se diga de la persona dueña de una empresa, sin importar si es hombre o mujer, que prepara a sus hijos para que continúen con la empresa familiar. De esos casos hay infinidad de ejemplos. El propietario argumenta el sacrificio que le ha costado levantar tal o cual emporio. Grandes rompimientos familiares se dan a causa precisamente de la rebelión de los descendientes, para continuar el camino marcado por los progenitores. Pero quienes aprenden el teje y maneje de la empresa y se acostumbra al nivel socioeconómico que tales negocios le han permitido, sabe que ahí está su porvenir.



Claro, todos los jefes piden a sus subalternos, sobre todo al inicio de la relación, que sean honestos y que le digan cuando esté cometiendo un error; es buena onda y está abierto a críticas en bien de la compañía y está dispuesto, dice, a mantener una relación horizontal con todos quienes laboran en la misma empresa. Sin embargo, una vez que el jefe se consolida en su puesto, es bastante difícil que acepte críticas. Por otra parte, emitir comentarios a un superior requiere valor y determinación. Los empleados, y entre más abajo estén en la jerarquía, no desean meterse en problemas. Cumplen con la función encomendada y, si se da la oportunidad, con el menor esfuerzo posible. Prefieren asegurar su salario y su horario.

Ya Aristóteles había tratado las repeticiones en la vida social, en su *Política*, sólo que enfocándose a la sucesión de las formas de gobierno. Traigo a colación lo anterior porque la mayoría de las prácticas políticas son similares y constantes en las conductas de los hombres, en general. El griego clasificó en seis las formas posibles de gobierno: “con el gobierno de uno solo, la monarquía o tiranía; con el gobierno de varios, la aristocracia o la oligarquía; con el gobierno de todos, la república o la democracia”. Cada una de las posibilidades de tal clasificación está determinada, ya sea por “el bien común, o el interés particular”.

En cualquier país, el grupo que as-

pira a dirigir el destino de la nación, y de acuerdo con su propia experiencia y visión del mundo, propone atender algunos problemas –ya sea que los consideren más graves, ya sea porque eso redundará en la comunidad– o alcanzar determinados objetivos, buscando el bien común. Sin embargo, la historia también ha mostrado que un individuo o un equipo de individuos que alcanzan el mando, buscan satisfacer sus intereses, propios o del grupo familiar y de amigos.

Pero supongamos que tal político cree firmemente en un proyecto para su nación, con independencia de si para el resto de la población es prioritario o no. Así, tal persona trabaja en ello; en otras palabras, pone manos a la obra, le llaman cabildear. Esas gestiones que lleva a cabo con destreza o maña le permiten ganarse voluntades dentro de uno o varios grupos. Por supuesto, los otros ceden porque creen en el mismo proyecto, porque lo consideran viable o porque les reporta beneficios. En muchas ocasiones el cabildeador ofrece algo para persuadir o convencer a los más duros o a los más fieles. Y se van tejiendo las redes, ya sean amistosas o ideológicas.

La obra escrita en 1513 por Maquiavelo, *El Príncipe*, es un excelente tratado que expone las sucesiones entre los poderosos y las acciones que se deben llevar a cabo para mantenerse en el poder. Cuando murió el papa Alejandro

VI, Maquiavelo fue enviado a observar la elección del sucesor; y fue testigo de las maniobras de César Borgia por imponer a quien más le convenía. En el texto del florentino también es posible ver entre líneas una minuciosa descripción de la personalidad de los gobernantes; y sobrepone el osado al cauteloso, pues afirma que el primero es quien conquista a la fortuna, no así el segundo.

Regresando al hilo de mi discurso, si el proyecto planteado por uno que dirige al grupo y cree que se debe seguir a largo plazo, empieza a buscar quién podría sucederle, para que se garantice la continuidad. No sólo por hacer el bien se desea una continuidad; también para no perder los privilegios ganados dentro del grupo de amigos. Y es mejor “establecer un gobierno compuesto por un corto número de personas, para que se encargue de velar” por [un proyecto específico], según Maquiavelo.

En un sistema nobiliario, no es tan difícil para el rey buscar al sucesor, pues sabe que por derecho ya hay uno, y ese que le seguirá sabe cuáles son, no sólo sus obligaciones, sino sus privilegios, de ahí que se ajuste al protocolo establecido. Si quien ha nacido primero y tiene derecho al trono se rebela contra las formas, entonces el rey deberá optar por el otro posible. Si quien funge como rey no es el más apto, en cuanto a inteligencia, no importa, pues a su alrededor circula todo un equipo que se encarga de que el

sistema continúe; ¿por qué?, porque de ello depende su propia estabilidad. Ya lo dijo Maquiavelo: “Es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse”. Historias tales se han dado en estos tiempos.

En los países democráticos eso no se tolera. Un presidente no puede designar a su hijo para que ocupe la silla. Él debe respetar la voluntad del pueblo. Eso, en papel, en un papel llamado constitución; mas en la práctica todos los subordinados cercanos a los jefes tienen la esperanza de quedarse con el puesto. Por otra parte, y siguiendo con lo dicho por Maquiavelo, “Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás”.

Esa forma de sociedad que reconoce y respeta como valores esenciales la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, es una utopía. Mas bien, es práctica corriente que priven los intereses personales, particulares, por sobre el bien común. Para empezar, desear la participación de todos los miembros de un grupo o de una asociación en la toma de decisiones que afectan a tal grupo, es complicado. Se dice que dos cabezas piensan más que una, cierto; pero también dos cabezas piensan diferente, no se diga, diez, o cien.

Así que ese acto mediante el cual, sin tomar en cuenta las dichas formas democráticas, se designa a una persona para un cargo público, no es más que moneda corriente en nuestro país. El término dedazo, en México, conlleva el sentido de señalar a una persona designada para tal o cual puesto público, lo cual implica un acto que no toma en cuenta el método de participación amplia.

Pero también un rector de cualquier universidad teme que, si se lleva a cabo la elección para tal puesto de forma libre y abierta, es decir, convocando a todos los universitarios, no alcanzaría su objetivo: la dirigencia de la institución. De ahí que un año antes, o más, empiece a preparar las fichas para que la votación, reducida, lo beneficie. Una vez en el cargo, de inmediato procederá a entregar los puestos prometidos a aquellos fieles que hicieron posible su llegada al pináculo.

Aunque un gobernante necesita contar con la amistad del pueblo, como sostuvo Maquiavelo, para conseguir

*“Evitar o prohibir la tentación de que una persona, o el representante de un grupo de personas, desee designar al sucesor de un puesto, requiere de un alto grado de civilidad.”*

con menos obstáculos sus proyectos, también es cierto que con que tenga un equipo fuerte y leal podrá lograr el éxito propuesto. Pues —continuando con Maquiavelo— “los hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento”, que aquel que se propone dirigirlos lo hará porque siempre habrá quien se deje dirigir.

Por otra parte, el término dedazo es tratado en la literatura a modo de crítica, para señalar los errores en que incurre un político o servidor público al designar a su sucesor o a un colaborador cercano, sin seguir ningún proceso público de selección. Ese término se deriva del ademán de señalar con el dedo a alguien. En son de burla se habla del vocablo dedocracia, en el que, es obvio, se fusionan dos palabras: dedo y democracia.

Un excelente ejemplo de esa crítica desde la literatura es la obra de Guillermo Sheridan, *El dedo de oro*; se trata de la historia del viejísimo líder obrero y mandamás del país, que ha gobernado durante años un país de caótica dictadura. En ese caso, no es el gobernador en turno quien decide quién le sucederá, sino el personaje con un poder tal que elige al presidente idóneo para cada momento.

Dijo allá por el 2000 Carlos Monsiváis, que “ya para 1958 el término Dedazo se acepta con tranquilidad”; y menciona también que por la misma época aparece el término la “cargada”, “el galope triunfal de los berrendos”, que vocean: “¡Aquí estoy, Licenciado! ¡No le podía faltar! ¡Aquí estamos sus incondicionales!”. Monsiváis la llama la fiebre del oportunismo.

Otro excelente ejemplo de esta clase de hechos es la película *La ley de Herodes*, dirigida por Luis Estrada y que se estrenó en 1999. La historia nos ubica justo a mediados del siglo XX en algún lugar de México. Un presidente municipal es decapitado (¿les suena?) y el gobernador del estado le pide a su mano derecha, el ambicioso y corrupto López, secretario de Gobierno, que nombre a un sustituto del alcalde linchado, tratando de que ese hecho no dañe su imagen, pues pretende ser el sucesor del presidente en turno y no quiere ser desplazado por su rival.

No son pocos los que han tratado el

tema, ya lo hizo también Aguilar Camín en el 2018, para el caso de la democracia mexicana. En el 2012, Jordi Évole analizó cómo se seleccionan los llamados “cargos de confianza” políticos en España, utilizando el término dedocracia, para aludir a la forma de elección. En el 2013 también en España se publicó una nota en el *Diario de Sevilla*, en el que el titular dice: “El PSOE se sumerge en el debate del adelanto electoral” (cosa que, por cierto, ya se da en México con vistas al 2024). Carlos Rojas, político español y miembro del Partido Popular, habló de la “operación teledirigida” y del “dedazo”; y se pregunta: “¿Cuánto tardará José Antonio Griñán en pasar los trastos a su ‘heredera?’” En el 2019, Griñán fue condenado a seis años de cárcel y 15 años de inhabilitación para ocupar cargo público, por los delitos de prevaricación y malversación de fondos públicos. Y se refiere a Susana Díaz como su heredera.

Las expresiones “elección digital” y “democracia digital”, que se refieren al uso de tecnología de la información y la comunicación dentro de los procesos democráticos, sobre todo cuando se alega fraude, son formas de uso sarcástico, propias de un momento.

Así pues, parece bastante común que cualquiera de los seres humanos, una vez que se encuentre en un puesto de poder, se verá en la ‘necesidad’ de elegir a su equipo de trabajo y a quien le suceda para que continúe con sus sueños o su gran proyecto de vida.

De tal suerte que evitar o prohibir la tentación de que una persona o el representante de un grupo de personas desee designar al sucesor de un puesto requiere de un alto grado de civilidad. Civilización o naturaleza, he ahí la cuestión. Ser civilizado implica el intelecto y el respeto hacia los demás, o sea, ponerse de acuerdo, convenir, en oposición a la ley del más fuerte, aquel que lleva las de ganar, ya sea porque es el poseedor de los recursos, o porque es a quien se le tiene miedo; sin contar, por otra parte, con la tibieza en el actuar.

\* [marga\\_salazar@hotmail.com](mailto:marga_salazar@hotmail.com)

# 2024: adiós al dedazo

Mentor Tijerina Martínez



**M**onterrey.- La reflexión sobre la sucesión presidencial está íntimamente ligada a nuestra visión de la política. Muchas de nuestras herramientas conceptuales, imágenes y metáforas para describir el acontecer político provienen de la cultura política que heredamos de las épocas del viejo régimen. De ahí que cuando hacemos prospectiva sobre la sucesión presidencial del 2024, uno de los temas centrales sea saber si la pensamos bajo la visión del presidencialismo hegemónico de viejo cuño, o bien bajo los parámetros de una transición democrática que no termina de consolidarse.

La tesis que propongo en este ensayo es que el dedazo está indisolublemente ligado a la naturaleza autoritaria del régimen político en los años del PRI hegemónico. Las cuatro elecciones presidenciales del 2000 al 2018 apuntan al fin del

dedazo, pues ninguno de los presidentes que llegó al poder en este periodo lo hizo teniendo como origen de su candidatura el dedazo presidencial.

A pesar de que en las últimas décadas ha habido notables avances en materia de democratización de la arena electoral, no hay que descartar el regreso del dedazo como medio de acceso a la presidencia. El resurgimiento del dedazo implica el restablecimiento de los rasgos autoritarios del viejo régimen, como la conversión del partido de gobierno en partido hegemónico mediante la manipulación y control del escenario electoral, la designación del candidato presidencial del partido en el gobierno mediante métodos antidemocráticos, convirtiendo al presidente en el gran elector, y el regreso de la vía central-tecnocrática de acceso al poder, en detrimento de la vía local-electoral.

Cada sucesión presidencial tiene sus características propias, ninguna es igual a las anteriores. Lo que caracteriza a la sucesión del 2024 es su carácter anticipado, ya que el mismo presidente de la República abrió el debate sobre los aspirantes a sucederlo en el tercer año de su gobierno.

Esto podría parecer una situación anormal bajo las reglas del presidencialismo mexicano, donde el jefe de Estado suele abrir la sucesión hasta el quinto año de su mandato. Para comprender este hecho inédito, exploramos dos líneas de explicación: la primera es que la sucesión anticipada es parte de la campaña permanente desde el gobierno, con el fin de ganarle la agenda sucesoria a la desarticulada oposición; la segunda es el precario estado de salud del presidente y la probabilidad de que fallezca antes de concluir su periodo de gobierno.

Esto nos lleva a plantear varios escenarios rumbo al 2024, no todos en la línea de continuidad de Morena, que hoy por hoy es el relato dominante, sino también escenarios disruptivos que podrían llevar, eventualmente, al triunfo de la oposición en el 2024.

Finalmente tratamos de identificar las principales tendencias que se perfilan en torno a nuestra próxima elección presidencial. De acuerdo a la mayoría de las encuestas, si la elección presidencial fuese en este momento, los candidatos de Morena tendrían más probabilidades de ganar. Sin embargo, no hay que descartar que surjan opciones disruptivas. El hecho de que el joven alcalde de Monterrey, Luis Donald Colosio Riojas, aparezca en las encuestas con una intención de voto cercana a los aspirantes de Morena, es un indicador de la existencia de una corriente de opinión en busca de alternativas innovadoras y disruptivas, que podrían tomar forma conforme se acerca la elección del 2024.

#### *Pensar el 2024*

El dilema del marco conceptual bajo el que pensemos el 2024 es el siguiente: ¿la designación del candidato presidencial se llevará a cabo bajo la inercia del antiguo régimen, o bien bajo las reglas democráticas de esta larga transición mexicana que no terminan de consolidarse?

¿Debemos pensar el 2024 dentro o fuera del presidencialismo hegemónico?

Hasta ahora la reflexión sobre el 2024 oscila entre dos polos: los que piensan que la designación del próximo candidato o candidata de Morena se hará conforme a las reglas cerradas del régimen

## *“El 2024 tendría más cercanía con el 2018 si se activan los mecanismos de participación ciudadana desde los estados y la sociedad civil, con un candidato elegido mediante métodos democráticos.”*

presidencialista: el presidente como gran elector; y los que propugnan por seguir avanzando hacia formas democráticas y abiertas de elección de los candidatos presidenciales: ¡los ciudadanos eligen!

¿Estará el 2024 más cerca de 1994, o del 2018? ¿Cuáles son los elementos de continuidad y de ruptura?

A pesar de la enorme distancia ideológica que separa al 2024 de 1994, existen indicios que apuntan a una sucesión de continuidad dentro del presidencialismo hegemónico.

El primero de ellos es la visión transexenal del proyecto presidencial que busca la continuidad ideológica y programática de la Cuarta Transformación, más allá del presente gobierno.

La transexualidad condiciona, sin duda, el método de designación del candidato presidencial, pues somete al presidente a la tentación de optar por un método cerrado que asegure la lealtad de su sucesor.

¿Podría reeditarse en las figuras de Claudia Sheinbaum y Marcelo Ebrard, la disputa por la transexualidad gubernamental que opuso, en 1994, a Luis Donato Colosio y Manuel Camacho?

Otro rasgo en común con el 94 radica en los llamados “nudos históricos del sistema político mexicano”, según la expresión de Manuel Camacho: ¿Existen los acuerdos y consensos con los grupos políticos, empresariales y sociales para asegurar la continuidad transexenal del gobierno y así evitar una crisis política mayor?

El 2024 podría parecerse al 2018, y convertirse en una elección disruptiva, si se logra superar al presidencialismo transexenal y vencer la ortodoxia en el método de designación del candidato presidencial del partido gobernante.

Para llegar al poder en el 2018, Andrés Manuel López Obrador privilegió las estrategias disruptivas y antisistémicas, a través de vías de movilización ciudadana y participación política local-electoral, y no central-burocráticas.

El 2024 tendría más cercanía con el 2018 si se activan los mecanismos de participación ciudadana desde los estados y la sociedad civil, con un candidato elegido mediante métodos democráticos.

La gran pregunta es si, ya en el ejercicio del poder, López Obrador será capaz de vencer la tentación de convertirse en el gran elector para privilegiar métodos de sucesión abiertos, que nos permitan seguir avanzando en la consolidación de nuestra vida democrática.

#### *Dedazo y régimen político*

Desde la elección presidencial del 2000, ningún presidente en México ha podido imponer a su sucesor mediante dedazo. Vicente Fox (PAN) fue el primer opositor en ganar la presidencia por la vía democrática. Su contrincante en las elecciones presidenciales del 2000, Francisco Labastida, había sido designado mediante una pasarela de aspirantes al interior del PRI, para tratar de mitigar el efecto negativo del dedazo. La derrota de Labastida no solamente significó el fin de la hegemonía presidencial del PRI, sino también, la derrota del dedazo.

En el 2006, el entonces partido en el gobierno a nivel presidencial, el Partido Acción Nacional (PAN), organizó una elección interna en tres rondas regionales entre sus aspirantes a candidatos presidenciales. El resultado fue que el candidato retador, Felipe Calderón, quien había renunciado al gabinete del presidente Fox, triunfó frente al que se consideraba el candidato favorito del presidente, Santiago Creel.

En el 2012, el candidato del PRI, Enrique Peña Nieto, gana la presidencia como candidato opositor a la candidata del partido en el poder, Josefina Vázquez Mota del PAN. Al igual que Vicente Fox, Peña Nieto llega a la presidencia siguiendo la vía local-periférica, a través de una carrera política a nivel estatal.

En el 2018, Andrés Manuel López Obrador gana las elecciones presidenciales como candidato opositor de Morena, frente al candidato del PRI impuesto por el presidente Peña Nieto, José Antonio Meade. Al igual que Fox y Peña Nieto, la ruta de ascenso de López Obrador a la presidencia fue de la periferia al centro, a través de la movilización electoral.

Después de estos precedentes que apuntan al fin del dedazo, ¿qué nos hace pensar que rumbo al 2024 podría resurgir este método de designación del can-



didato presidencial al interior de Morena?

Comencemos por definir qué entendemos por “dedazo”.

El dedazo es el método mediante el cual el presidente saliente designa a su sucesor. Se trata de un método cerrado y antidemocrático, a través del cual el presidente en turno se erige en el gran elector. Bajo el antiguo régimen de partido hegemónico –el PRI y sus antecesores PRM y PNR– se desarrolló toda una cultura y líneas de acción a través de las cuales los integrantes del gabinete trataban de convertirse en el elegido, o el “tapado”, al ser ungido por el presidente. Este régimen de sucesión hereditaria del poder fue bautizado por Daniel Cosío Villegas como una monarquía sexenal. El presidente saliente designa a su sucesor de entre los más leales integrantes de su gabinete.

El dedazo se caracteriza por la centralización de la designación del sucesor en la figura del presidente de la República, imprimiéndole al régimen político, a partir de los años 70s del siglo pasado, un carácter centralista y tecnocrático. Esto llevó a algunos estudiosos a tratar de describir las reglas para llegar a la presidencia: desde luego ser miembro del partido en el poder, haber nacido en la Ciudad de México, con estudios cursados en la UNAM; en un primer momento licenciado en Derecho; y posteriormente, licenciado en Economía, haber

hecho carrera en la burocracia central, y ser parte del grupo o camarilla política del presidente en turno.

La vía central-tecnocrática de reclutamiento a la presidencia excluía la vía local-electoral, pues los gobernadores de los estados, y el resto de la clase política local, carecía de vías de acceso a la presidencia.

El dedazo, como método de imposición del presidente sucesor, está estrechamente relacionado con la naturaleza autoritaria del régimen político. El primero no puede entenderse sin el segundo. Para que haya dedazo se necesita que estén presentes los elementos autoritarios del régimen, a saber, según la definición de Juan J. Linz: la existencia de un régimen con pluralismo político limitado, que en el caso mexicano tiene como elemento central la presencia de un partido hegemónico, que domina y controla la arena electoral, la responsabilidad limitada de los gobernantes, y la presencia de una “mentalidad” difusa; a diferencia de la ideología estructurada de los regímenes totalitarios, que legitima el ejercicio del poder.

Después del proceso de liberalización electoral que se dio a finales de los años 70s y que culminaría en el 2000 con la derrota electoral del PRI, el régimen político mexicano dejó atrás la etapa de pluralismo político limitado. La arena electoral se democratizó de tal manera que garantiza el acceso al poder, tanto

a nivel federal estatal y municipal de los partidos opositores. Existe, por otra parte, un organismo electoral autónomo del poder político, el Instituto Nacional Electoral (INE), responsable de organizar las elecciones y dar a conocer el resultado electoral.

En estricto sentido, la tesis del dedazo no tendría cabida en un régimen electoral con pluralismo político amplio, pues en caso de que el presidente trate de heredar el poder imponiendo a su sucesor, existe siempre la posibilidad de derrotarlo en las urnas. El funcionamiento de una arena electoral competitiva y de organismos electorales autónomos garantizan a los ciudadanos la posibilidad de votar en contra del dedazo. Se elimina, de esta manera, la ineluctabilidad de la imposición del sucesor, que prevaleció en el régimen autoritario.

¿Qué nos hace suponer que podría resurgir el dedazo en el 2024?

En primer lugar, el carácter hegemónico de Morena, que a partir de las elecciones estatales del 2022, podría gobernar la gran mayoría de los estados del país. En segundo lugar, la debilidad de la oposición, conformada fundamentalmente por partidos surgidos en el antiguo régimen, el PRI y el PAN, lo que daría lugar, por *default*, a una elección presidencial de baja competencia electoral. El tercer elemento es el fortalecimiento del presidencialismo hegemónico, frente a la debilidad política y

financiera de los estados federados. La amplia popularidad del actual presidente, en su versión plebiscitaria, podría dar lugar a la imposición del candidato de Morena, para evitar la fractura que provocaría una elección interna. El cuarto es la visión ideológica del actual gobierno, que busca la continuidad transexenal del proyecto de la Cuarta Transformación, asegurando la lealtad personal e ideológica del sucesor (o sucesora) del presidente. Finalmente, la presencia de poderes fácticos en algunos estados del país, cuya injerencia en las elecciones altera la imparcialidad y equidad de la arena electoral, rompiendo con ello el equilibrio democrático.

Todos estos elementos imprimirían un cambio de naturaleza en el régimen político que harían al dedazo, de nueva cuenta, invencible.

#### *¿Sucesión anticipada o campaña permanente?*

Uno de los rasgos distintivos de la sucesión del 2024 es lo que el senador Ricardo Monreal denomina como “sucesión anticipada”.

En el contexto electoral mexicano post-2000, para estar en posibilidades de triunfar en la elección presidencial es necesario ganar el posicionamiento en la opinión pública con mucho tiempo de anticipación. Esperarse hasta el último momento puede ser contraproducente, en términos de conocimiento y aceptación ante la opinión pública.

El apabullante triunfo de AMLO en el 2018 se debe, en gran parte, a su alto nivel de posicionamiento y organización territorial, producto de años de recorridos y contacto con los electores a lo largo y ancho del país.

La estrategia de sucesión adelantada de AMLO rumbo al 2024 tiene dos explicaciones: 1) la primera es ganar el posicionamiento del juego sucesorio a través de una campaña permanente, que impida que el espacio y la agenda electorales sean controlados por sus adversarios; 2) la segunda es el estado de salud del presidente, que en enero del 2022 lo llevó a internarse para un estudio cardiovascular, después del cual anunció que tenía preparado un testamento político en caso de fallecimiento antes del 2024.

Adelantar la sucesión tiene como propósito dominar el juego sucesorio, aprovechando la debilidad de la oposición, que no ha logrado construir una alternativa programática, organizacional, ni de liderazgo frente a la 4T.

La estrategia presidencial no está

exenta de riesgos. Uno de ellos es que los actores al interior de Morena se rebelen contra las reglas del juego presidencial y esto provoque una ruptura mayor al interior del grupo gobernante, como podría ser el caso de Ricardo Monreal, quien se pronunció en contra al ser excluido de la lista de “elegidos” del presidente a participar en el proceso. Monreal propone abrir el juego sucesorio mediante elecciones primarias en Morena.

Morena surge como un amplio movimiento político en torno al liderazgo de Andrés Manuel López Obrador; bajo sus filas cohabitan distintas corrientes y figuras políticas nacional y locales; pero sin lugar a dudas, el elemento aglutinador de las corrientes y grupos políticos es López Obrador. De ahí que la pregunta rumbo al 2024 es saber si Morena tiene la suficiente cohesión institucional para organizar elecciones primarias sin que su fundador y líder natural tenga que intervenir para inclinar la balanza a favor de alguno de los aspirantes.

#### *Escenarios para el 2024*

Es muy pronto para diseñar los escenarios electorales que podrían presentarse en la elección presidencial del 2024. Sin embargo, podemos ya identificar algunos de los relatos que se están conformando con miras a la disputa del poder presidencial y, a partir de ahí, plasmar, a grandes trazos, los probables escenarios sucesorios.

El relato que hasta el momento goza de mayor difusión y atención de la opinión pública es el de la sucesión anticipada al interior de Morena.

El segundo es la conformación de una alianza opositora, que sigue el precedente de la estrategia de “Va por México”, que pusieron en marcha PRI, PAN y PRD para competir en las elecciones legislativas federales y en algunas locales del 2021.

El tercero surgió de la asamblea de Movimiento Ciudadano, llevada a cabo a finales del 2021 en la Ciudad de México, y que atrajo la atención de la opinión pública nacional, debido a las encuestas que ubican a Luis Donald Colosio Riojas como un aspirante que podría dar la batalla a Morena en el 2024.

El cuarto es el del eventual fallecimiento del presidente antes de que termine su mandato, y que daría origen a la designación de un presidente sustituto antes del 2024.

En base a estos relatos podríamos dibujar, en primer esbozo, los siguientes escenarios:

*Continuidad de la 4T.* Este escenario supone que el presidente concluya su mandato y tenga éxito en designar a un candidato o candidata al interior de Morena, que continúe con las políticas del actual gobierno, manteniendo la cohesión al interior de su partido, y sin que las diferentes alternativas opositoras logren construir un relato con posibilidades de triunfo.

*Ruptura de MORENA.* La propuesta del senador Ricardo Monreal de que se organicen elecciones primarias al interior de Morena, podría tener dos salidas: la más improbable es que pueda surgir un candidato retador al interior de Morena; y la segunda, es que se genere una ruptura que afecte la cohesión del movimiento rumbo al 2024, una reedición de la Corriente Crítica del PRI de Cuauhtémoc Cárdenas en 1985-1988.

*Alianza Opositora.* La conformación de una alianza opositora entre el PRI, PAN y PRD, con un candidato elegido o designado entre la clase política que gobernó previo al 2018, podría generar un escenario de polarización entre continuar con la 4T o regresar al pasado, justo en los términos en que se ha venido dando bajo el actual gobierno: izquierda versus neoliberalismo, o liberales contra conservadores.

*Relevo generacional.* La posibilidad de que surja un candidato joven de las filas de MC, como podría ser el actual presidente Municipal de Monterrey, Luis Donald Colosio Riojas, o el gobernador de Nuevo León, Samuel García, da pie a un escenario disruptivo en el que, al igual que sucedió en la elección para gobernador de Nuevo León en el 2021, se genere una polarización entre lo nuevo contra lo viejo, federalismo contra centralismo, con una narrativa que proponga el diseño de un nuevo régimen político, frente a la perpetuación del actual.

*Fallecimiento del presidente antes del 2024.* El estado de salud del presidente abre la posibilidad para un nuevo escenario electoral: la posibilidad de que muera antes de concluir su gobierno.

¿Qué sucedería en términos de la sucesión presidencial tras la muerte del presidente en funciones?

El artículo 84 de la Constitución establece: “Cuando la falta absoluta del presidente ocurriese en los cuatro últimos años del período respectivo, si el Congreso de la Unión se encontrase en sesiones, designará al presidente sustituto que deberá concluir el período, siguiendo, en lo conducente, el mismo procedimiento que en el caso del presi-

dente interino”.

El procedimiento para designar al presidente sustituto es que el Congreso se constituya en Congreso Electoral, mediante la presencia de las dos terceras partes de sus miembros, procediendo a nombrar al presidente sustituto, en escrutinio secreto y por mayoría absoluta.

Bajo este escenario, el testamento político a que se refirió el presidente debe contener las instrucciones a la mayoría de Morena para que proceda a la elección del presidente sustituto. Esto confirma la debilidad institucional de Morena como partido político y su dependencia organizacional del liderazgo carismático de López Obrador, como su fundador y líder máximo. La designación de su sucesor sustituto por la vía testamentaria, tendría el efecto de un dedazo *post-mortem*.

Se entiende que el testamento político funcione para dar instrucciones a los integrantes del Colegio Electoral del Congreso de la Unión, militantes de Morena, pero ¿podría el presidente dejar instrucciones testamentarias para la designación del candidato de Morena para las elecciones del 2024?

Este segundo escenario dependerá de la cohesión institucional de Morena y de su capacidad para no desarticularse tras la desaparición de su líder. Si Morena se mantiene unido y cohesionado, podría efectivamente seguir las instrucciones sucesorias del testamento presidencial, por lo que estaríamos en presencia de un doble dedazo *post-mortem*: el del presidente sustituto y el del candidato presidencial para el 2024. Pero si Morena llegara a desarticularse, difícilmente se podrá ejecutar la voluntad testamentaria del presidente.

A esto habría que agregar que el vacío de poder generado por la muerte del presidente y la crisis organizacional de Morena, darían pie al resurgimiento de los partidos opositores.

#### *Tendencias rumbo al 2024*

Más allá de la “carrera de caballos”, ¿existe en las encuestas publicadas en el 2021, y en el arranque del 2022, elementos para anticipar, desde ahora, las tendencias de la elección presidencial del 2024?

Comencemos por evaluar los instrumentos de medición. En las últimas semanas se han publicado todo tipo de encuestas: vivienda, telefónicas, Facebook, y whatsapp. Debemos poner especial atención en la metodología aplicada por cada una de ellas, para identificar

el sesgo geográfico, de edad, o nivel socio-económico. Dada la fragmentación de los instrumentos de observación, lo más práctico es hacer una lectura en conjunto, sin descartar ninguno de ellos.

Otro factor a considerar es la disonancia cognitiva. Si bien los actores políticos ya están pensando en la próxima elección presidencial, el grueso de la población no está en la misma sintonía. Por tal motivo, muchas de las cifras arrojadas por las encuestas miden en realidad el nivel de posicionamiento y conocimiento de los partidos y los aspirantes a candidato, pero no necesariamente las preferencias electorales.

La intención de voto se medirá con mayor precisión una vez que los candidatos hayan sido nombrados y los electores se formen una percepción de las opciones en juego. Esto será a finales del 2023, o principios del 2024.

Es necesario considerar, igualmente, que las encuestas podrían estar midiendo escenarios construidos en base a elecciones presidenciales pasadas. Se corre el riesgo, en consecuencia, de minimizar los escenarios y estrategias disruptivos, invisibles en este momento, pero que bien podrían emerger conforme se acerca la elección.

Con estas consideraciones en mente: ¿qué tendencias podemos advertir en las encuestas de preferencias presidenciales rumbo al 2024?

Un indicador clave para definir el sentido de la elección presidencial es saber si será de continuidad o de cambio.

La mayoría de las encuestas publicadas hasta ahora muestran el predominio del deseo de continuidad frente al de cambio. En la intención de voto por partido, Morena aventaja con un amplio margen al PAN, PRI, PRD y MC. A pregunta expresa sobre si les gustaría que el próximo presidente continúe o cambie las políticas del actual presidente, la encuesta de vivienda de *Reforma*, del 2 de diciembre del 2021, arroja un 59% que prefiere continuidad, contra un 33% que quiere cambio de rumbo.

No deja de sorprender, sin embargo, el llamado factor Colosio. Que el joven alcalde de Monterrey, de 36 años de edad, aparezca en las encuestas como un contrincante viable para competir contra Marcelo Ebrard o Claudia Sheinbaum, es indicio de la existencia de una corriente de opinión pública a favor de alternativas disruptivas e innovadoras, que podrían crecer conforme se acerca la elección presidencial.

¿Se puede transferir la popularidad

del presidente al candidato de Morena?

Hasta ahora uno de los factores más sobresalientes del gobierno de López Obrador es su alto nivel de aprobación. Según el *tracking* telefónico de Consulta Mitofsky del 13 de febrero del 2022, la aprobación presidencial es de 62%. Si la aprobación presidencial se mantiene arriba del 50%, se fortalece la opción de continuidad rumbo a la elección del 2024. Si por el contrario, la aprobación desciende por debajo del 50%, aumentan las probabilidades de que la elección se convierta en elección de cambio.

La popularidad del presidente puede servir de primer impulso de la campaña del candidato presidencial de Morena, pero dado los tiempos electorales de un proceso con duración de cinco meses, de enero a mayo del 2024, el candidato tendrá que echar mano de su propio carisma y estilo de liderazgo para convencer a los electores. Si bien la popularidad presidencial ayuda en el lanzamiento de la candidatura del aspirante a sucederlo, difícilmente puede transferirse en las posteriores etapas de la campaña. Aquí es donde cobra relevancia el método de designación de los candidatos presidenciales. Si se hace vía dedazo o mediante métodos democráticos.

La designación del candidato presidencial por dedazo nos regresa a relatos ligados con el autoritarismo del viejo régimen. El método de elección del candidato puede convertirse en un factor decisivo que incida en la elección presidencial. Si el presidente impone al candidato o candidata presidencial de Morena por dedazo, perdería la coherencia del mensaje de transformación democrática.

Pensar el 2024 bajo el marco conceptual del viejo régimen podría ser contraproducente para cualquiera de los actores y partidos políticos en términos de narrativa pública. La imposición del candidato del partido en el gobierno por dedazo, puede potenciar los factores anti-sistémicos y disruptivos de cambio de régimen.

Esto también se aplica para la oposición. La imposición de sus candidatos por vías anti-democráticas podría anclarlos definitivamente al pasado. En especial cuando la elección del 2024 puede convertirse en una elección de futuro, con amplia presencia de jóvenes que no comulgan con el dedazo del viejo régimen.

\* *mentortijerina@me.com*

# Modelo socioeconómico y sucesión. La prohibición del proyecto transexenal mediante la designación autoritaria estadounidense

Xóchitl Patricia Campos López  
Diego Martín Velázquez Caballero



**P**uebla.- *Introducción.* Si bien es cierto que la historia contemporánea del sistema político mexicano puede llevarse mediante los periodos sexenales para comprender la sucesión presidencial, también se puede descubrir que existe un elemento imbricado a la trayectoria política: el modelo de desarrollo. Se pretende hacer una distinción entre economía y política en la evolución mexicana, pero lo cierto es que hay un compromiso oligárquico que alimenta la estructura productiva del país, para evitar la inestabilidad o disolución. Ramón Eduardo Ruiz (2013) sostiene que las relaciones sociales de producción no han cambiado desde la época colonial; el feudalismo criollo sustentado en la hacienda y el patrimonialismo, ha servido como base del colonialismo moderno y

el incipiente capitalismo nacional. Esta lógica manejada por el bloque hegemónico se sobrepone a la política, así como al pluralismo social. Las estructuras generadoras de pobreza que la colonia española implementó durante su dominio, han sido utilizadas por el imperialismo estadounidense, que desplazó a la península ibérica del control en Latinoamérica, subordinándola estratégicamente a sus intereses. México es un narcoestado al servicio de la Casa Blanca y su pobreza es una variable interviniente en la riqueza de los Estados Unidos.

Durante la dictadura positivista del general Porfirio Díaz, el régimen de la Revolución Mexicana y los gobiernos de la transición política, la sucesión presidencial ha sido controlada desde el exterior, particularmente por los intereses

económicos de Estados Unidos y la estructura neocolonialista global que representa. Aunque destacan experiencias nacionalistas que han tratado de emancipar a México de la dependencia con la Unión Americana, el desarrollo como potencia imperial de Estados Unidos terminó por arrastrar el control político de la república mexicana.

Durante el régimen del partido oficial y la posterior alternancia partidista, la dinámica de la economía norteamericana –formal e informal– ha sido determinante en la designación del presidente mexicano y los resultados electorales. La prohibición absoluta de la reelección presidencial constituye un elemento simbólico altamente significativo para observar los límites del dedazo presidencial y el apego al continuismo oligár-

quico que implica la cooperación subordinada con Estados Unidos.

La antropología de la sucesión presidencial mexicana constituye una fachada que se combina con los intereses y estrategias del sistema político estadounidense. México es un sistema social funcional del imperio norteamericano, no sólo por haber proporcionado la parte territorial que define al vecino país del Norte, sino también por constituir un flanco de seguridad geográfica. Para Jorge Chabat (1996), el neocolonialismo de México constituye también una interdependencia imperfecta en múltiples cuestiones que definen la geopolítica norteamericana para Iberoamérica. La sucesión política y estabilidad social son elementos inherentes a la relación asimétrica, pero conveniente para la clase po-

lítica de nuestro país. Un Estado fallido, o una revolución provocada por una crisis de legitimidad, son experiencias que pueden afectar la seguridad nacional de Norteamérica. El vacío de poder constituye el dilema mexicano que los Estados Unidos no pueden soslayar y, por ello, su influencia e intervención durante el porfiriato, el régimen de la revolución mexicana y la época de incipiente democracia, ha sido determinante para configurar el presidencialismo mexicano.

En el presente texto se considera que la designación autoritaria del presidente de México y la probable elección democrática del mismo, son dependientes de Estados Unidos de América; y que este sistema político cuenta con un importante poder de veto para adelantar y controlar la sucesión presidencial en nuestro

país. El dedazo presidencial no es solamente representativo del faccionalismo colaborador que la oligarquía mexicana requiere para mantener su hegemonía; también constituye un acuerdo político neocolonialista para configurar un gobierno funcional a Estados Unidos. Por ello, el dedazo implica más una muta sociopolítica local, que la transexenalidad de una camarilla. La facultad metaconstitucional que tiene el Jefe de Estado mexicano para ejercer control, influencia y garantía electoral en la figura de un heredero político, no significa que el presidente de la república ejercerá un poder allende el fin de su sexenio; por el contrario, el dedazo implica una eutanasia política, así como un pacto de impunidad; y la subordinación a Norteamérica.

La sucesión presidencial en el México contemporáneo, durante la etapa autoritaria y democrática, es un pacto oligárquico geopolítico con Estados Unidos, para no modernizar el país y contribuir a la hegemonía imperial de la superpotencia americana con cualquier tipo de recurso que sea necesario. Cambiar esta dinámica, o pretenderlo, implica un suicidio o aborto político. Por ello, conforme a la idea de Miguel Basáñez (1990), quizá es la hegemonía económica lo que explica mejor el pulso de los sexenios (que la dinámica de las camarillas), la que, si bien no es insignificante, siempre está en una posición de colonialismo interno y externo.

En una primera parte se tratará de explicar el modelo colonial mexicano; posteriormente, la integración de las élites políticas nacionales con la dinámica imperialista de Estados Unidos; y al final, el criterio norteamericano que podría imperar en el dedazo presidencial o electoral para la sucesión actual.

#### *El corporativismo caciquil*

Desde un enfoque comparativista cultural, se considera que el paradigma de Estado sólo encuentra su expresión adecuada en Occidente (Noroeste europeo y Norteamérica), debido a los procesos políticos (revolución francesa e inglesa), económicos (revolución industrial) y sociales (secularización, pluralismo) que han tenido lugar ahí. En las sociedades extraoccidentales los estados aún están en construcción; es decir, son diseños institucionales inacabados, donde conviven aspectos formales e informales, tradición, conservadurismo y progresismo, que matizan su dinámica política.

Las condiciones de clientelismo, corporativismo y patronazgo se encuentran tan arraigadas en el contexto social, racial

## *“El caciquismo es un mecanismo de política informal que garantiza orden y estabilidad mediante un autoritarismo blando altamente adaptable, pero conservador y distante de la institucionalización organizativa.”*

y ambiental de este tipo de sociedades, de una manera u otra, que no permiten la diferenciación política del Estado. Durante la época colonial e independiente, el régimen político necesitó de la intervención de los caciques, porque estos podían absorber, canalizar y suavizar las demandas populares. En efecto, los caciques pueden desprender un cierto apoyo popular usando un conjunto complejo de medios: amistades, complicidades, compadrazgos, matrimonios, deudas económicas, religión, carisma y violencia física. El cacique constituye una forma de liderazgo socioeconómico y conducta influyente, que resultó funcional para el proceso colonizador y la estructuración de las incipientes instituciones políticas. Desde el contacto entre los pueblos originales y los encomenderos ibéricos, el cacique fue una figura prometeica conservadora, que se ha adaptado a todas las formas de la modernidad, pero que la niega sistemáticamente en beneficio propio.

El caciquismo es un mecanismo de política informal que garantiza orden y estabilidad mediante un autoritarismo blando altamente adaptable, pero conservador y distante de la institucionalización organizativa.

Los caciques fueron esenciales para desarrollar el orden colonial e inhibir el exterminio de los grupos dominados. Esta capacidad efectiva, tradujo y extrapoló la forma caciquil de liderazgo a las distintas castas y niveles sociales. En los acuerdos y rupturas de estos caudillos informales se mantiene la dinámica histórica mexicana, la falta de conciencia nacional y los diferentes intereses patrimonialistas generan que los múltiples cacicazgos –dada su tendencia facciosa y particularista–, requieran del control externo y colonial, frente a la imposibilidad de que una camarilla imponga sobre las demás su cosmovisión y proyecto de gobierno.

La evidencia más cercana de la capacidad de control que tienen los acuerdos caciquiles se puede observar en el sistema disciplinario que poseía el régimen de partido hegemónico que fue el PRI; sus corporaciones y caciques se exten-

dieron en diversos lugares, tratando de obtener militantes, que se transformaban en cuotas de poder; entendidas éstas como: gubernaturas, diputaciones locales y federales, senadurías y presidencias municipales. Acorde con su extensión y grado de control se distribuían las recompensas políticas, instaurándose así un sistema disciplinario que legitimaba el autoritarismo del régimen. La competencia entre las agrupaciones priistas por las cuotas de poder, traducidas en candidaturas, no exceptuaba la violencia, aunque el sistema disciplinario siempre terminaba beneficiando al partido oficial (PRI).

Las reglas del sistema subrayaban que la voluntad del presidente de la república se imponía por encima de cualquier cosa y los políticos tenían afanosamente que buscar una protección presidencial. El interés de tal relación es, para los caciques, la protección y la posibilidad de generar temor e incrementar el poder económico por su capacidad de influencia. El cacique y su grupo manipulan el poder político practicando el fraude y la violencia electoral, se auxiliaban de la coacción en disputas dentro del PRI y como medio para aplastar a la oposición, facilitando el control, a distancia, de ciertas áreas. No obstante la alternancia, el PRI salió de la presidencia, pero no del poder; ahora gobiernan priistas de todos los partidos políticos y la lógica del presidencialismo caciquil se mantiene.

En el caso mexicano sucedió que el Estado no logró distinguirse del poder corporativista caciquil que se encontraba en la triada: partido oficial, presidente y familia revolucionaria. El control de la *clase revolucionaria* sobre la política nacional, permitió que existiera una cierta “oposición” controlada, que sirviera como válvula de escape para la política nacional, pero sobre todo sirvió para canalizar los desacuerdos por cauces pacíficos, dejando prácticamente a un lado la tentativa armada que muchos caciques regionales querían ejercer para conseguir influir en la conducción política del país.

El régimen posrevolucionario logró

consolidar su poder y mantenerlo durante setenta años, gracias a un comportamiento pragmático que, paradójicamente, en los últimos años también significaría su resquebrajamiento. Mientras en los países occidentales su entorno permitió una lógica de diferenciación sistémica, que el discurso teórico ha calificado como democrática y liberal, el ambiente de las naciones extraoccidentales, con circunstancias extremadamente distintas, ocasionó una lógica patrimonialista, corporativa y clientelar (Badie y Hermet, 1993).

Así como en el trauma de la conquista española los caciques indígenas garantizaron el orden a cambio de su subsistencia, ahora los caciques mexicanos de distintas tendencias convienen con el imperio norteamericano a cambio de su desarrollo corporativo. El corporativismo caciquil no ha podido ser destruido mediante el proceso de transición democrática y económica; al contrario, el cacicazgo se adapta a cualquier modernización, logrando contenerla debido a su capacidad metamórfica y violenta. La mayor parte del liderazgo se puede traducir o hibridar al cacicazgo; ninguna institución ha logrado contener el caciquismo, pero es necesario destacar el caudillismo de los narcotraficantes que, actualmente, ha venido a configurar el México ingobernable de la democracia fallida. Con todo, el cacicazgo es analizado como el mecanismo ideal del colonialismo contemporáneo.

#### *Narcoimperio y neoextractivismo postneoliberal*

En las últimas décadas, el gobierno mexicano adornó el neoliberalismo mediante mecanismos legales que favorecieron la circulación de capital y la protección de los mercados. La administración tecnocrática de México fue impuesta desde Estados Unidos, para generar una economía de bloques, que dispensara el desequilibrio generado por la Guerra Fría. El mundo de la postguerra se obsesionó con la globalización y la utópica universalización de la democracia. La tecnocracia caciquil proporcionó a Norteamérica los recursos necesarios para sobrellevar su nueva condición de superpotencia, mediante una modernización conservadora que pretendía refundar el sistema político mexicano, y fue controlado cuando pretendió una emancipación de la metrópoli.

Miguel de la Madrid y Carlos Salinas probablemente fueron los primeros presidentes con un nivel educativo importante, formados desde la lógica liberal

anglosajona, pero no son los únicos presidentes con un nivel de aproximación cercano al sistema político de los Estados Unidos. Díaz Ordaz y Echeverría formaron parte de la burocracia analítica que resguardaba la influencia comunista en el país, al servicio de la Agencia Central de Inteligencia. A partir de la Segunda Guerra Mundial se genera un control efectivo de Estados Unidos sobre México; durante la época álgida de la Guerra Fría los presidentes actuaban como funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), situación que es indicativa del intervencionismo e influencia en el sistema político. La incorporación del presidente mexicano a la burocracia exterior de los Estados Unidos para el desarrollo de su geopolítica imperial, deja translucir que Norteamérica manipula las variables y coyunturas de la situación social para imponer –por la razón o la fuerza (Roitman, 2019)– el control necesario. A partir de la Segunda Guerra Mundial y durante la Guerra Fría, se capituló la soberanía del país a los actores hegemónicos occidentales.

Antes, gobernantes como Carranza, Obregón y Calles, subordinaron su amplio dominio militar caciquil para que el gobierno de los Estados Unidos los reconociera y apoyara con recursos económicos y armas. Desde 1824, diferentes camarillas políticas han acudido al mecenazgo de Norteamérica, para intercambiar su hegemonía política por transferencia de recursos favorables al imperialismo.

La crisis del neoliberalismo y la globalización no ha disminuido el control hegemónico de Estados Unidos sobre México. Al final, el choque de civilizaciones y la emergencia de nuevas condiciones geopolíticas obligan a los países potencia para replantear sus estrategias dominantes territoriales. El desarrollo del neoextractivismo y la externalización de todos los recursos naturales que sean necesarios para Norteamérica, ha sido la oferta de los diversos grupos políticos mexicanos, frente a la necesidad del apoyo imperial para imponer su modernidad conservadora caciquil.

A las historias de abuso por parte de las grandes industrias extractivas también debe agregarse la extorsión, colaboración y protección realizada por los grupos del narcotráfico en México (Zavala, 2018). Los narcotraficantes logran integrar, directa o indirectamente, a cientos de familias en sus múltiples actividades económicas. Se desconoce a quién beneficia la inserción de estos grupos delictivos en el neoextractivismo; pueden ser

guardias blancas al servicio del gobierno y de los empresarios que buscan aplanar el terreno; o bien, estas mafias logran eficazmente la colaboración de todos los actores, grupos y comunidades campesinas, dada la legitimidad de su liderazgo caciquil, al solucionar problemas que, desde los niveles más básicos de gobierno, se presentan imposibles de atender.

La creciente inseguridad en México ha permitido el incremento del neoextractivismo ilegal, ya que muchas empresas extranjeras y grupos desconocidos encuentran un apoyo inmediato en la delincuencia organizada para el desarrollo de sus actividades económicas.

En otras ocasiones, el narcotráfico mexicano ha servido para financiar la política exterior militarista de Estados Unidos (Esquivel, 2014). La exorbitante cantidad de recursos económicos que produce la economía informal y delictiva, producto del colonialismo interno y externo, es muestra de la anomia que tiene el estado mexicano y el nivel de influencia que los Estados Unidos disponen hacia nuestro país.

El neoliberalismo tecnocrático impuesto a Chile en la dictadura pinochetista, requirió una enorme extensión y violencia para evitar el socialismo y construir uno de los países más estables del Cono Sur en América Latina. En México, la dimensión y violencia del neoextractivismo postneoliberal está superando por mucho las medidas del autócrata sudamericano. México ha sido obligado a una guerra civil de baja intensidad en beneficio del pentagonismo norteamericano, donde el ejército nacional es derrotado y el Estado cede mayores espacios a la economía de la delincuencia organizada.

¿Qué vecino quiere Estados Unidos? Una nación estable o un narcoestado que cada vez contagia más su ingobernabilidad. Monetarismo, estructuralismo, desarrollismo, neoliberalismo, narcoeconomía y neoextractivismo, han sido las consignas que desde Washington se imponen a los gobiernos mexicanos. Mientras la desigualdad y corrupción no se contengan, delincuencia e informalidad serán las reglas de la supervivencia en México. La funcionalidad neocolonialista de nuestro país dispone que los Estados Unidos sean la variable más influyente del sistema político; además de consignar quiénes son los futuros gobernantes, dicta las intenciones que las políticas gubernamentales deben contener y limita el comportamiento de los caciques a un faccionalismo colaborativo subordinado a la Casa Blanca.

Aun cuando el enfoque del imperalismo parezca simple, es un hecho contundente de las relaciones internacionales. La geopolítica estadounidense tiene una profunda necesidad de control y México no puede escapar de ello. Washington controla al país afuera y adentro. Poco se puede esperar de los gobiernos nacionales, sean de izquierda o derecha. ¿Dónde está el secreto para gobernar México? En la adecuada relación con Estados Unidos, ciertamente; pero, también, en acuerdos de gobernabilidad y consenso de los grupos y facciones políticas.

El límite neocolonial impuesto a México por Estados Unidos condiciona los proyectos transexenales y dispone una circularidad ágil, donde nuevas élites, además de subordinarse incluso, puedan prohiarse en la élite del poder norteamericana. La experiencia del general Porfirio Díaz y William Taft, advirtió al imperialismo yanqui de los mil cachorros sueltos del león español que Rubén Darío describía, razón por la cual se patrocinó una revolución que destronara la dictadura progresista; y más tarde, una vez que el país fue destruido, los embajadores y agentes norteamericanos contribuyeron al desarrollo del partido oficial, que articuló una confederación caciquil de diferentes regionalismos y corporaciones, coexistente con los poderes fácticos de la religión y el hispanismo. La dinámica y ágil circulación de los personalismos caciquiles al interior del sistema político mexicano, fue una característica necesaria para la seguridad nacional estadounidense.

La existencia de un proyecto nacional es imposible frente a las realidades del imperialismo y el cacicazgo. La modernidad conservadora estructurada en las camarillas informales al servicio de hegemonías externas, hace inútil cualquier reflexión sobre los problemas nacionales y la implementación de políticas públicas. El control del gobierno se encuentra en Washington, junto al lado del verdadero elector: el dedazo que no muere es el del Tío Sam.

La tecnocracia neoliberal pretendió ser una élite vanguardista, capaz de destruir el sistema político tradicional y modernizar el país por completo; aunque Carlos Salinas de Gortari revivió el metapresidencialismo, fue incapaz para anular el intervencionismo de la familia revolucionaria y la oligarquía ultraconservadora. 1994 evidenció no sólo el difícil paso de México a la modernidad, sino la imposibilidad de terminar con un pacto de dominación corporativista, caciquil

*“La máxima que impide la trascendencia de una figura ejecutiva más allá de su mandato, se ha cumplido en la época autoritaria, como en la época de las alternancias partidistas.”*

y religioso.

El neoliberalismo tecnocrático fue obligado a coexistir con los dinosaurios de las distintas vertientes políticas; la alternancia en el poder se llevó a cabo, pero siempre acotada por las camarillas del antiguo régimen y los intereses geopolíticos de Estados Unidos. Durante el gobierno de Enrique Peña Nieto, esta alianza de facto alcanzó forma en una realidad que se denominó “Pacto por México”. Dicha conciliación fue estrictamente legislativa; sin embargo, el acuerdo resultó efímero –como muchos otros acuerdos en el pasado inmediato– y generó una polarización en 2018, que revivió las tendencias de 2006. Al final, el pacto se llenó de corrupción y falsos acuerdos. El Estado no termina de construirse en México.

No importa quién ocupe la silla presidencial, el poder invisible de las camarillas caciquiles y la influencia norteamericana manifiesta una influencia nefasta que afecta al grueso de la población en el país y se manifiesta en graves problemas socioeconómicos y de seguridad nacional.

El sistema de gobierno en nuestro país tiene, más allá de las características básicas del presidencialismo latinoamericano, peculiaridades que ninguna otra región logró desarrollar; el porfiriato y el priato como dictablandas tradicional-modernizadoras de unidad nacional, constituyen historias que nos ayudan a entender la razón de que el presidencialismo deforme que persiste en México ha llegado a alcanzar las dimensiones negativas extremas que configuran, por poco, un Estado de Emergencia.

#### Conclusión

Aunque la transición política mexicana ha impulsado cambios significativos en lo que se refiere a la época del partido hegemónico, lo cierto es que algunas de las reglas no escritas del sistema político priista permanecen; la principal tiene que ver con la trascendencia de la figura presidencial. El presidente de la república es un dios durante su sexenio, pero al término –particularmente en el último año de su mandato (incluso desde la segunda mitad)– de este, se transforma en un dios mortal; y su facultad metacons-

titucional para designar sucesor sólo implica elegir un personaje que, temporalmente, le cubra la espalda. Ni el presidente ni su camarilla trascienden. De un modo u otro, la máxima que impide la trascendencia de una figura ejecutiva más allá de su mandato, se ha cumplido en la época autoritaria, como en la época de las alternancias partidistas. Es un modelo funcional para el neocolonialismo mexicano frente a Estados Unidos.

El mito respecto a la figura del dedazo no es otra cosa que la manifestación del reconocimiento político entre la camarilla saliente y el grupo que se ha fortalecido conjuntando al resto de las facciones; la selección presidencial –designación autoritaria– es un pacto de no agresión, un bálsamo legitimador.

Durante el priato, el ritual de la sucesión presidencial era objeto de la curia revolucionaria responsable de la alta política. La figura presidencial gozaba de un amplio poder durante la primera mitad del sexenio; hacia el final sólo configuraba el poder diseñar su despedida. El dedazo nunca implicó trascendencia, sólo concertación. Esta forma de operación política no puede soslayar los intereses de Estados Unidos.

El presidente de la república es objeto de continuas y fuertes presiones de los miembros de la familia revolucionaria, o de la evolucionada *nomenclatura*. La estructura caciquil representa el problema real del sistema político mexicano, es la medida en que han limitado y limitan el poder del Estado y sus instituciones.

El ascenso del PRI al control del país, no se basó en el ejercicio de la democracia, sino en la capacidad de los miembros de la familia revolucionaria para encumbrar a un líder circunstancial sin oposición real al frente, porque contaron con los instrumentos políticos para lograrlo, ante una sociedad desorganizada; esos instrumentos eran los sectores del partido oficial.

La familia revolucionaria conformó una clase política con sentido patrimonialista del Estado, que cada seis años presentaba ante la sociedad a uno de sus miembros para su confirmación democrática; por eso fue tan importante la fundación del partido del poder. Los caudillos y caciques de la revolución que



no habían resuelto la negociación interna sobre su propio liderazgo, lo hicieron cuando esa conducción fue subordinada por el camino institucional, de tal manera que una corporación política consagró el poder de todos al mismo tiempo, que lo subordinó a un poder central reconocido, fuerte, indiscutible y alternativo.

El Partido Revolucionario Institucional fue, finalmente, un mecanismo de negociación interna de un grupo de caudillos y caciques que evolucionó hacia la conformación de una clase que se posesionó del Estado, con el auxilio de sus factores reales de poder y, particularmente, con el apoyo de Estados Unidos. La dinámica no ha cambiado, porque el PRI se transformó en la matriz que nutre al sistema de partidos y por el control colonial que ejerce Estados Unidos.

La decisión respecto a la sucesión presidencial no sólo depende del presidente, sino que se corresponde con múltiples factores de poder donde el más importante se representa en Norteamérica. El reconocimiento de los Estados Unidos siempre ha resultado esencial en la carrera por la presidencia de la república, razón por la cual se puede observar la dinámica interacción de distintas facciones, camarillas y caciques en espacio geográfico de dicho país para cabildar los términos de un Acuerdo de Bucareli.

En el pasado, el cacique presidencial sujetaba la crisis de integración y sujetaba los diferentes liderazgos a los mecanismos del partido hegemónico, mediaba entre la familia revolucionaria y los Estados Unidos. Durante varios años se ha considerado la posibilidad necesaria de reestructurar dicho pacto de dominación, para realizar cambios sin rupturas que terminen por construir al Estado Nacional. Sin embargo, el faccionalismo político ha conducido a rupturas sociales y polarizaciones que vislumbran un futuro caótico, pero conveniente a Norteamérica.

La pulverización del sistema de partidos en México deja la sucesión al intervencionismo norteamericano, que se ejerce cada vez con mayor cinismo y desapego de los grupos políticos nacionales. Ningún instituto político ha podido llenar el vacío que dejó el PRI; y ello resulta en una vulnerabilidad geopolítica que puede colapsar, todavía más, la inopia del Estado.

El dedazo no ha muerto y se impone desde la Casa Blanca. La transexenalidad es un objetivo necesario de la clase política, que busca sentar las bases de un proyecto nacional; pero el costo es la animadversión de Estados Unidos y las camarillas caciquiles, que puede derivar en escenarios catastróficos de la realidad

social. Reflexionar sobre la interdependencia imperfecta (Chabat, 1996) que guarda México respecto a Estados Unidos, puede servir para crear los incentivos que modifiquen la vocación geopolítica de *narcoestado* que la visión imperial nos ha impuesto.

#### Bibliografía

- Ruiz, Ramón Eduardo (2013) *México ¿Por qué unos cuantos son ricos y la población es pobre?* Ed. Océano. México.
- Chabat, Jorge (1996) “La integración de México al mundo de la posguerra fría”, en Borja Arturo; González, Guadalupe y Stevenson, Brian (Coords.) *Regionalismos y poder en América: los límites del neorrealismo*. Ed. CIDE-Miguel Ángel Porrúa. México.
- Badie, Bertrand y Hermet, Guy (1993) *Política comparada*. Ed. FCE. México
- Zavala, Osvaldo (2018) *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. Ed. Malpaso. México.
- Esquivel, Jesús (2014) *La CIA, Camarena y Caro Quintero. La historia secreta*. Ed. DeBolsillo. México.
- Roitman Rosenmann, Marcos (2019) *Por la razón o por la fuerza. Historia de los golpes de Estado, dictaduras y resistencia en América Latina*. Ed. Siglo XXI. España.

# Auge y crisis del *dedazo* en México

Carlos Ramírez

**C**uidad de México.- En la gramática política de México, el *dedazo* resume el acto supremo del ejercicio del poder político del presidente de la república y refiere el señalamiento con su dedo índice de quién será su sucesor en el ejercicio del poder ejecutivo federal.

Pero el sustantivo *dedazo* forma parte, más bien, del anecdotario político mexicano, así como llegó a hacerse creer que el presidente saliente le comunicaba la nominación como candidato a su potencial sucesor en un sobre cerrado, que entregaba un oficial del Estado Mayor Presidencial.

Los candidatos seleccionados han llegado a contar el momento exacto en el que el presidente saliente le informa a su sucesor que los sectores del partido y el propio presidente, después de un proceso de auscultación, habían llegado a la conclusión de que el escogido –ungido, es la retórica del poder– reunía todos los elementos para mantener la continuidad del grupo político y del proyecto de desarrollo.

No hay datos exactos para definir cuándo el presidente de la república toma la decisión de designar a su sucesor; a veces hubo una continuidad de parejas políticas, como el caso típico de López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz; y luego de Miguel De la Madrid y Carlos Salinas de Gortari.

En la dinámica del sistema político, la designación del candidato anticipa la configuración de un grupo de poder, en el cual va incluido la percepción del próximo presidente respecto de quién

podiera ser su sucesor, para darle un espacio especial en el equipo de campaña y más tarde en el gabinete presidencial. Los cargos de secretario de Gobernación, de Defensa Nacional (en la época post revolucionaria) y de Hacienda, prefiguraron con anticipación el espacio de cincelado del sucesor; en tanto que esas posiciones llevaban de suyo relaciones de poder con los sectores nacionales partidistas y no partidistas que estarían involucrados en la definición de los candidatos.

El *dedazo* representa la síntesis del poder del sistema político y del régimen de gobierno. El sistema político se fue construyendo en dos carriles: el institucional, de estructuras; y el político, de funciones informales de esas estructuras; y viene de una suma de experiencias de las principales etapas de la vida nacional: las monarquías indígenas, las instituciones del virreinato y su modelo criollo, la fase de construcción independiente de la Constitución de 1824; a la Constitución de 1857, la etapa de formalización institucional del liberalismo juarista, la dictadura porfirista y el régimen posrevolucionario.

La columna vertebral del sistema/régimen/Estado ha sido, aún hasta la fecha, el presidencialismo, alrededor del cual giran de manera supeditada todas las instituciones. Y el acto supremo del poder absoluto de la presidencia de la república radica en la facultad autoritaria personal de designar al candidato del partido en el poder para los ciclos sexenales.

El sistema político mexicano está

configurado por un poder supremo: la presidencia de la república, y tiene cinco pilares de apoyo: el partido, el Estado de bienestar, los acuerdos con los sectores *invisibles* del régimen, la ideología como pensamiento histórico y la Constitución.

La clave de legitimidad del sistema/régimen/Estado se localiza en la capacidad de control –legítimo o ilegítimo– de la institución presidencial sobre sectores localizados fuera de los límites del partido, pero dentro de ese espacio definido por el politólogo David Easton para limitar el funcionamiento de las relaciones de poder: la *caja negra*, en cuyo seno ocurre la interacción de todos los sectores vinculados a la política y al poder; y en donde una fuerza superior –en este caso el presidente de la república– define la distribución autoritaria y autoritativa de valores y beneficios.

La *caja negra* sería el Estado, como el espacio de administración de demandas para construir políticas públicas que garanticen la estabilidad del régimen. Dentro de la *caja negra* opera el PRI y su mecanismo corporativo de conciliación de clases supeditadas al presidencialismo –un invento genial del presidente Lázaro Cárdenas– y también se definen las relaciones con sectores fuera del partido, pero dentro del sistema.

En estos sectores pueden situarse los *sectores invisibles* del sistema, porque existen y se someten a las reglas del juego, aunque manteniendo autonomía relativa de posicionamientos. Los diez principales sectores invisibles serían: los medios de comunicación, los intelectuales, los empresarios, la oposición

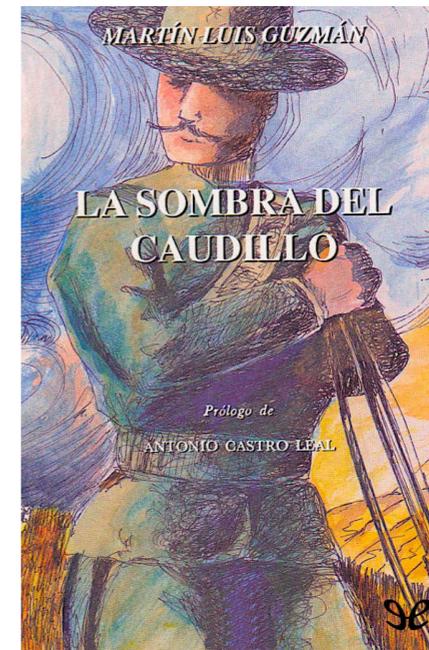
leal, la embajada de Estados Unidos, el episcopado mexicano, las organizaciones indígenas, los movimientos sociales no corporativos, los poderes fácticos criminales y políticos, y la burocracia del poder.

La fuerza autoritaria del presidente de la república opera en función de tres instrumentos de poder: el sistema judicial y las fuerzas armadas, el control presidencial del presupuesto, y el manejo presidencial directo del partido del Estado.

Todo este poder sistémico encuentra su expresión suprema en la capacidad del presidente de la república para designar al candidato presidencial de su partido y hacerlo ganar a través del control institucional. En este escenario apareció la categoría de *dedazo*, como esa facultad metaconstitucional del presidente para decidir el nombre de su sucesor.

El poder presidencial absoluto para designar al sucesor viene de una tradición señalada por Octavio Paz en *Posdata*: la continuidad de la centralización del poder en el tlatoani indígena, el virrey español y el presidente de la república.

La construcción del presidencialismo se dio en el espacio constitucional. La Constitución de 1824 estableció la designación del presidente o jefe del ejecutivo federal a través de la propuesta de dos candidatos, presentada por las diputaciones provinciales al congreso federal, y los legisladores nacionales definían el nombre del presidente en turno; la Constitución de 1857 creó la figura de alrededor de doce mil electores especiales para votar por el presidente, a partir de candi-



daturas presentadas por los aspirantes; y la Constitución de 1917 eliminó todo tipo de intermediario y estableció el voto universal, secreto y directo, eliminando cualquier instancia de control.

Al presidencialismo fundado por la Constitución de 1917 se agregó la fundación de un partido desde la estructura del Estado (en 1929), y su funcionamiento como brazo político-electoral del grupo gobernante; y luego la decisión estratégica de Cárdenas de organizar de manera corporativa a las principales clases sociales que configuraban el modo de producción: campesinos, obreros y clases medias, agrupadas en organizaciones cerradas y de militancia obligatoria, para facilitar la toma de decisiones productivas y constituir una base social corporativa del Estado, una variante de los partidos fascistas europeos; es decir, como lo explicó el politólogo Arnaldo Córdova, el Estado y el partido organizaron a las clases productivas como masa y no como clases.

Esta arquitectura del sistema político creó las condiciones para garantizar la continuidad de un grupo político en el poder presidencial, a través de un mecanismo de concertación de clases y de masas en la figura decisiva del presidente de la república.

El relevo de presidente de la república en el grupo que conquistó el poder en 1920 con el plan de Agua Prieta de Obregón, quedó en el espacio específico del poder del presidente en turno. Desde entonces y hasta la fecha –con la excepción de las sucesiones presidenciales con un presidente panista de la República–,

el mecanismo de elección de candidato presidencial quedó enmarcado en la conceptualización del modelo de caudillismo jerárquico.

La historia del funcionamiento de la sucesión presidencial en México fue resumida de manera magistral en 1929 por el escritor Martín Luis Guzmán, un intelectual que participó de manera directa en la Revolución Mexicana y llegó a funcionar como secretario particular de Pancho Villa. En su novela *La sombra del caudillo*, Guzmán narra el universo literario de una sucesión presidencial hipotética a partir de lo ocurrido en los procesos de disputa por el poder de 1924 y 1928.

La anécdota se puede resumir así: el presidente saliente asume la condición de Caudillo y opera la disputa por la candidatura presidencial entre las dos principales figuras de su gabinete: el general Ignacio Aguirre (como secretario de Guerra) y el general Hilario Jiménez (como secretario de Gobernación). Los dos candidatos se enfrascan en una lucha sin cuartel y el resultado fue trágico: Aguirre no contó con el apoyo del caudillo, fue arrestado y asesinado. La anécdota tiene referentes con la realidad: reproduce la sucesión presidencial de 1928, en la que el general Obregón compitió como candidato para su reelección presidencial y tuvo la complicidad del presidente Plutarco Elías Calles, para eliminar en 1927 a sus dos principales adversarios: los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, en la célebre matanza en Huitzilac, cerca de Cuernavaca.

En la novela, Guzmán dedica un capítulo –el primero del libro segundo, titulado “Una aclaración política”– para narrar el encuentro del general Aguirre con el Caudillo, a sabiendas de no ser el preferido. Aguirre llegó a decirle al Caudillo que no quería ser el candidato, a pesar de que lo estaban promoviendo grupos de seguidores y que acataría la decisión Suprema. Pero el Caudillo –un Obregón en la mejor expresión de la astucia política– convierte esa argumentación en dudas y certezas de que el general Aguirre lo estaba engañando.

–Lo que le pregunto, Aguirre –el Caudillo continuaba– no es si en efecto piensa usted lo que está diciéndome. Le preguntó si piensa en efecto lo que le respondió a sus partidarios (que no quería ser candidato); dos cosas bien distintas. ¿O no me explico?

La lógica del Caudillo fue contundente:

*Lo de su falta de merecimiento lo entendería mejor si en esto no interviniera para nada el general Jiménez. Porque yo piense que usted, acaso con motivos muy dignos de pasarse, cree superar en muchos conceptos a su contrincante, ¿cómo explicarme entonces que la candidatura del otro le parezca más aceptable que la suya propia?*

Y remata:

–¿No le engañará su convicción cuando habla de no tener ningunas aspiraciones?

Derrotado, el general Aguirre acude a su operador político, Axcaná González, y se queja de que el Caudillo se olvidó de las relaciones de afecto entre los dos.

Axcaná le desnuda la realidad cruel de la política mexicana:

*–En el campo de las relaciones políticas la amistad no figura, no subsiste. Puede haber, de abajo hacia arriba, conveniencia, adhesión, fidelidad; y de arriba abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad simple, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible. Esto solo entre los humildes, entre la tropa política sin nombre. Jefes y guiadores, si ningún interés como los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariarse, los políticos más cercanos se destrazan y se matan. De los amigos más íntimos nacen a menudo, en política, los enemigos acérrimos, los más crueles...*

Y Axcaná le explica a Aguirre el esce-

nario inevitable:

*–No lo cree el Caudillo (que Aguirre no quiere ser candidato) porque se imagina que tú haces lo que él haría en tu caso: fingir hasta lo último para no perder las ventajas que da tu carácter de ministro.*

Este juego de poderes de la realidad política narrado por Guzmán en su novela es una parte del ejercicio de la autoridad presidencial a la hora de tener que decidir por el candidato de su preferencia, ante la existencia inevitable de uno o varios más competidores que creen tener el beneplácito del caudillo.

El ejercicio de los *dedazos* en toda la historia de los gobiernos posrevolucionarios nunca fue tranquilo. El presidente Carranza quiso poner al ingeniero Ignacio Bonillas como su sucesor; pero Obregón se alzó en armas, lo echó de Palacio y lo mató en Tlaxcalantongo. Obregón puso a Elías Calles para que cambiara la Constitución y pudiera regresar a la presidencia, pero fue asesinado en el parque de La Bombilla. Elías Calles puso al presidente Ortiz Rubio, a su interino Abelardo Rodríguez, y al constitucional Lázaro Cárdenas; pero fue exiliado del país por Cárdenas, para romper de tajo con la *jefatura máxima* de la revolución.

Alemán se quiso reelegir y no pudo; y su sucesor, Ruiz Cortines, le cortó sus relaciones de poder. A partir de entonces, los presidentes salientes han tenido que lidiar con dos o tres competidores que les movieron la estabilidad política y llevaron a las primeras fracturas en la familia revolucionaria.

Los *dedazos* fueron garantía de imposición de un candidato, pero no pudieron cumplir con las reglas de la sumisión *a posteriori*. En este sentido la función del *dedazo* tenía un objetivo concreto: imponer la continuidad personal, de grupo y de proyecto. Sin embargo, las reglas de la política que descubrió Guzmán impedían la existencia de dos figuras encabezando el poder presidencial: el expresidente recién retirado, y el nuevo mandatario con espacios para la construcción de un poder autónomo.

En este sentido, el *dedazo* se convirtió solo en el mero acto de designar candidato en función de los intereses del presidente saliente, muchas veces rompiendo con los protocolos funcionales. En 1975, el presidente Echeverría da un giro estratégico en cuanto al origen del candidato a escoger, teniendo ante sí una baraja de diferentes personalidades, entre las que destacaban tres: el secretario

de Gobernación, Mario Moya Palencia, a quien le correspondía la candidatura por escalafón y capacitación; el secretario del Trabajo, Porfirio Muñoz Ledo, una joven figura proveniente del espacio académico; y el secretario de Hacienda, José López Portillo, considerado el hermano de juventud del presidente Echeverría, aunque con una carrera burocrática ajena a la configuración de algún grupo político conocido.

La decisión presidencial benefició a López Portillo, para dar un giro estratégico al origen profesional y burocrático del sucesor y para señalar dos prioridades de gobierno que necesitaban ser atendidas en la siguiente administración: la crisis económica derivada del modelo populista de aumento del gasto sin incremento de ingresos, provocando una severa inflación, que condujo a la devaluación de 1976, después de veintidós años de tipo de cambio fijo, bajo y libre; y la experiencia administrativa para una reforma que pusiera orden en la expansión alocada del Estado, con la compra de empresas y la disfuncionalidad del sector paraestatal.

Como presidente de la república, López Portillo tuvo la fuerza personal e institucional para imponer la candidatura del burócrata y tecnócrata Miguel De la Madrid Hurtado, su alumno en la UNAM, y marginar a la corriente política que se había agrupado alrededor de la precandidatura de Javier García Paniagua, un eficaz político práctico, hijo del ex secretario de la Defensa Nacional del gobierno de Díaz Ordaz, Marcelino García Barragán, y exjefe de seguridad política del Estado. Las razones del giro estratégico se localizaron en una agudización de la crisis económica, ahora provocada por el ingreso abrupto de divisas por exportaciones petroleras, el gasto desordenado y la corrupción, con indicios de un colapso económico en la segunda mitad de 1981.

La candidatura, campaña y gobierno de De la Madrid generó una nueva ruptura en la élite gobernante, por el agotamiento de las posibilidades de ejercicio del poder de la burocracia tradicional del PRI y el ingreso al gobierno y las áreas políticas de una tecnocracia de economistas que potenció el proyecto económico neoliberal de Carlos Salinas de Gortari, como la pieza clave del gobierno delamadridista y luego de su propio sexenio.

De la Madrid, a su vez, enfrentó el modelo binario de política-economía con la precandidatura consolidada de

Salinas de Gortari como continuador del proyecto neoliberal frente al posicionamiento político de Manuel Bartlett Díaz, como el representante de la vieja clase política. La solución fue institucional, porque Bartlett se disciplinó a las reglas del juego del *dedazo* presidencial; estuvo a cargo de la SEP en el gobierno de Salinas y se encarriló con todo el apoyo institucional a la gubernatura de Puebla.

Los espacios del *dedazo* presidencial de De la Madrid a favor de Salinas de Gortari fueron zarandeados por la presión política de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano de 1985 a 1987, para promocionarse como precandidato presidencial priísta y exigir una elección abierta de consulta a la base militante; la crisis del poder decisorio de De la Madrid se agudizó en la XIII Asamblea Nacional del PRI, antes de marzo de 1987, para perfilar dos grandes decisiones: el cambio en los documentos básicos para introducir el Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, redactado por Salinas de Gortari, como programa de gobierno de la candidatura presidencial para el sexenio 1988-1994, y cerrar todos los espacios del PRI a la Corriente Crítica de Cárdenas. Los objetivos fueron logrados y el presidente De la Madrid pudo ejercer su derecho al *dedazo* sin problemas operativos, salvo por la configuración del Frente Democrático Nacional de Cárdenas, que en las cifras oficiales –fraudulentas– obtuvo el 31% de los votos; y el candidato Salinas apenas acreditó 50.3%.

La sucesión de Salinas en 1993 estuvo telescopiada casi desde el inicio de su gobierno, con el ascenso político de Luis Donald Colosio Murrieta como la figura principal de la operación política del sexenio, y la marginación de la personalidad política de Manuel Camacho Solís. Colosio fue presidente del PRI en los tres primeros años de gobierno y contribuyó a la reforma estructural e ideológica del partido, para liquidar el enfoque de la Revolución Mexicana y sustituirlo por la ideología del “liberalismo social”; y luego fue el transformador de la Secretaría de Programación y Presupuesto, encargada del gasto público en la Secretaría de Desarrollo Social, con el programa Solidaridad como eje político, ideológico y social.

Salinas ejerció su derecho al *dedazo* con apenas el enojo de Camacho Solís por un par de semanas; pero el país se descompuso en el primer trimestre de 1994 con la guerrilla zapatista, el sequestro de empresarios y la presión social para que Camacho Solís compitiera

## “El *dedazo* nació desde las monarquías indígenas originarias, se mantuvo en el virreinato y pasó por varias etapas en el México independiente y revolucionario.”

como candidato independiente. El 23 de marzo Colosio fue asesinado y Salinas tuvo la fuerza política e institucional para un segundo *dedazo* a favor de Ernesto Zedillo Ponce de León, un economista tecnócrata y antiestatista y pieza clave del súper asesor Joseph-Marie Córdoba Montoya. Zedillo ganó la elección por todo el apoyo de Salinas, pero en febrero de 1995 comenzó la persecución política contra el expresidente con el arresto de su hermano Raúl.

Zedillo pudo ejercer su derecho al *dedazo*, pero se encontró con una falla en la operación política del PRI en su XVII Asamblea Nacional, porque las bases priístas impusieron la condicionalidad de un cargo de elección popular para el candidato priísta, a sabiendas de que los dos principales aspirantes del grupo de Zedillo, los economistas Guillermo Ortiz Martínez y José Ángel Gurría Treviño, carecían de esa exigencia. Sin tiempo para nuevas reformas, Zedillo orientó su *dedazo* a favor de su secretario de Gobernación, el economista Francisco Labastida Ochoa, quien había permanecido ajeno a todo el proyecto económico salinista-zedillista. La salida de Zedillo fue a favor de la alternancia del panista Vicente Fox Quesada, con un acuerdo secreto para colocar en la Secretaría de Hacienda a un representante de los tecnócratas neoliberales: Francisco Gil Díaz, considerado el jefe de los *Chicago Boys* mexicanos, profesor adjunto del tótem neoliberal Milton Friedman y promotor de envío de becarios economistas mexicanos a la escuela friedmaniana de Chicago.

Fox y Calderón no pudieron ejercer el *dedazo* porque nunca incorporaron al PAN a la estructura del sistema político, que siguió funcionando sin un presidente de la república salido del PRI. Fox no logró poner de candidato a su esposa o a Santiago Creel Miranda, y Calderón tampoco pudo hacer candidato a su preferido, Ernesto Cordero Arroyo, porque los candidatos presidenciales por reglamento panista tendrían que votarse al interior del partido y sin interferencias del presidente de la república.

Finalmente, Enrique Peña Nieto logró una segunda oportunidad para el PRI, después de la debacle del 2000 y

del 2006; y tuvo la fuerza suficiente para ejercer su derecho al *dedazo*, pero con la circunstancia de que ya no bastaba la instrucción presidencial para imponer candidato, sino que se dieron cuando menos tres circunstancias en la elección presidencial del 2018: respeto absoluto al voto, la candidatura simbólica de López Obrador y la rebelión social contra todo lo que representaba el PRI.

El *dedazo* nació desde las monarquías indígenas originarias, se mantuvo en el virreinato y pasó por varias etapas en el México independiente y revolucionario; y fue suficiente hasta 1982, en tanto existía un sistema político electoral piramidal, presidencialista, cerrado, autoritario y de escasa competitividad partidista; de 1988 al 2018, el *dedazo* no alcanzó para garantizar las victorias de los presidentes en turno del PRI y del PAN; y para el 2024 se están configurando formas de participación, autonomías e institucionales de organismos del área político electoral y falta de cohesión disciplinada en la élite gobernante.

El presidente López Obrador ha dejado indicios claros de que el proceso de sucesión presidencial dentro de Morena será facultad exclusiva de su derecho al *dedazo*, aunque hasta ahora con indicios de rebelión elitista en la figura de Ricardo Monreal Avila, líder senatorial excluido de la primera lista oficial de precandidatos que dio a conocer el presidente después de las elecciones de julio del 2021, en las que Morena expandió su poder territorial, pero vio disminuido su poder legislativo, por la pérdida de algunas curules en la Cámara de Diputados federal.

Lo único que queda claro es que el *dedazo* ya no será suficiente para garantizar la victoria electoral, sino que será necesaria una apertura en el proceso de nominación del candidato, en la que el presidente pueda tener ventaja, pero en la que también van a participar de manera activa grupos no solo del interior de Morena, sino hasta de otros partidos, quienes pudieran ver en una candidatura disidente una posibilidad de alternancia en la presidencia de la república.

\* carlosramirez@hotmial.com

# Origen y fundamento del dedazo. Una reflexión política

Mario Rechy

*Ciudad de México.-* Los gobiernos suelen formarse tras un proceso electoral. Pero excepto aquellos que se eligen a nivel municipal, a escala nacional sólo comienzan con la elección del que ha de ser el titular del poder ejecutivo.

El pueblo no elige al equipo que va a gobernarle, sino solamente al candidato que por su programa, sus propuestas y hasta sus simpatías y discurso, atrae más el apoyo, o las preferencias.

Por desgracia, tampoco es común que se conozca el carácter del candidato, ni su estilo personal para tomar decisiones. Si bien en algunos procesos, la forma como se expresa, y el tono y temas dominantes de sus discursos de campaña, dejan ver o traslucir, cómo sería su gobierno.

En nuestro caso, la última elección presidencial estaba, como se dice vulgarmente, cantada. Todo el equipo del candidato mencionaba la escasa atención que prestaba a sus colaboradores, la forma unipersonal que fue mostrando y reiterando para tomar decisiones, y desde luego hasta el tono de desprecio y animadversión por sus rivales u oponentes.

También supimos que no solía tomar parecer a sus colaboradores antes de tomar él mismo una decisión. Al fin caudillo, y al fin tozudo, y hasta necio –como él mismo se caracterizara de repente–, hacía tiempo que tenía previsto no solamente lo que quería emprender, sino también de quiénes se iba a auxiliar para hacerlo.

La historia podría haber tenido rasgos menos personalistas, si en el aparato institucional existieran tradiciones de servicio, o mecanismos de inclusión o selección, para encontrar a los más preparados y más aptos. Por desgracia, hace mucho que no se escoge a los más capaces, sino a los más incondicionales.

Hubo un intento para establecer el servicio civil de carrera, a través del cual se suponía que la experiencia iba a ser considerada, y los procesos de selección se someterían a un estricto escrutinio de propuestas y revisión de perfiles. Sin embargo, nunca funcionó, quién sabe si porque pronto se convirtió en una simulación, o si muchos encontraron la forma de dar cumplimiento formal, pero no real, de los reglamentos acordados.

Hubo tiempos también en que la clase política tenía de dónde escoger a los administradores, o titulares de las muchas áreas de responsabilidad. Tal vez porque la carrera del servicio público comenzaba en niveles modestos, y el personal recorría decenas de puestos, buscando un ascenso curricular y una posición de cada vez mayor responsabilidad.

Los secretarios particulares se volvían asesores, y los asesores a veces evolucionaban a jefes de departamento y hasta directores. Sus antecedentes fundaban o respaldaban su nueva ubicación y tareas.

Pero el sistema se rompió. Primero porque las políticas que parecían eternas, se fueron abandonando, y el proyecto nacional cedió su lugar a un pragmatismo de eficiencias y resultados que se medían con las nuevas metas. Metas que dejaron de estar asociadas al desarrollo y el bienestar, y que tuvieron entonces una expresión más grosera, como crecimiento, cantidades, y cumplimientos de la nueva estrategia. Estrategia centrada en el mercado global y la mayor participación de la economía mexicana en él.

La vocación de servicio fue lenta, pero inexorablemente sustituida por las capacidades gerenciales y los avances cuantitativos.

El servicio público cambió radicalmente de rostro. Los antiguos reclutas, que escalaban en el servicio a lo largo de una o dos décadas, fueron rápidamente sustituidos por los que adquirirían un papel que los calificaba como tecnócratas capaces de proseguir con la instrumentación de la economía global.

Uno pensaría que el declive y la caída del neoliberalismo nos reencausarían por la búsqueda de perfiles más apegados al servicio, a las consideraciones sociales y los valores y principios de la identidad nacional o el desarrollo. Pero los nuevos gobernantes no llegaron con ese bagaje, sino con el mismo estilo competitivo que los tecnócratas habían creado.

Y el nuevo ejecutivo no fue, tampoco, el hombre de principios que miró en la vasta participación social, con sus representantes probados y experimentados. Se pareció más a los que llegan para avasallar, que los que llegan para conciliar o

reconstruir.

Y ahí el carácter jugó un papel determinante. Si un hombre es necio, se entiende; pero si además no escucha y se agrega su obcecación y su desprecio por la diferencia, la elección que hará de su equipo será necesariamente coincidente con su unilateralidad, su falta de apertura, su incapacidad para escuchar, y su determinación para imponer. O en pocas palabras, sólo escogerá incondicionales. O a los que simularán darle siempre la razón con tal de formar parte de los escogidos. Hasta que tengan juego y fuerza propios.

Nada, en ese caso, es más fácil que el dedazo: Yo escudriño, veo quiénes me siguen, quiénes no me cuestionan, quiénes cumplen. Y a esos pongo.

No es democracia, y no podía serla. Pero no es solamente una desgracia producto de un proceder personal. Es también una ausencia de democracia social, de amor propio de los que se incorporan en el servicio público, pues no defienden sus convicciones con tal de figurar en el equipo. Traicionando sus visiones, sus diferencias, sus probables aportaciones.

No es democracia, sino autoritarismo. Pero un autoritarismo posible en el vacío de instituciones que promuevan la participación ciudadana, la confrontación de ideas, la celebración de debates y diferencias. Pero, sobre todo, es producto de la incapacidad para conseguir y buscar consensos, y la falta absoluta de comprensión de la democracia como ese perpetuo ejercicio de escuchar, debatir, considerar las posiciones diferentes, y buscar cómo unificarlas bajo el interés común.

No lo veremos resuelto pronto. Primero la sociedad tendrá que hartarse del autoritarismo. Y tendrá que crear foros, espacios, condiciones, para que todos nos escuchemos, y para que los intereses contrapuestos, cedan en aras de un acuerdo compartido.

El dedazo sólo irá desapareciendo con la participación ciudadana y la responsabilidad social.

\* [mariorechymontiel@gmail.com](mailto:mariorechymontiel@gmail.com)

# ¿La muerte del dedazo?

Jose Luis Talancón E.

*Ciudad de México.-* El título de la convocatoria a escribir un ensayo sobre el ejercicio político que ha marcado toda una época de la vida política mexicana en el siglo XX, supondría que ya nos encontramos alejados del riesgo de reproducir ese estilo de gobernar a la sociedad mexicana, de acuerdo a su historia y cultura y forma de construir idealmente modernidad, Estado y democracia, pero en los hechos no puede evitar el presidente en turno instrumentar la ventaja para designar a su sucesor. Analizar el sistema político mexicano, cuyo eje ritual democrático se define en la sucesión presidencial, implica constatar cómo ha quedado reducido a un pacto, a un mecanismo de protección de espaldas, resguardo personal y en el mejor de los casos, a la compra de un seguro que garantizará la continuidad del proyecto ideológico. Y he aquí que llegamos a una primera caracterización de un sistema que ha combinado durante 90 años aquello que señaló Fernando Escalante Gonzalbo, entre aspirar a ser una república burocrática y termina por ser una república mafiosa. Parto del desmoronamiento del mito de la revolución mexicana, cuando José Vasconcelos, agraviado por lo ocurrido en las elecciones de 1929, la definió como un *gobierno proconsular*, incapaz de alcanzar soberanía frente a los nuevos amos. El paréntesis de criminalidad que acompañó su fundación y evolución, (Zapata, Carranza y Obregón), se cerró en su ocaso en 1994, cuando regresó con fuerza para inducir la estrepitosa caída de aquellos regímenes, para asistir a crecientes oleadas de criminalidad, asociadas paradójicamente a la apertura democrática al final de Zedillo, y a la consolidación de instituciones que mal que bien, han arbitrado una democracia reducida al evento electoral. Con esa trayectoria ha sido difícil erradicar al dedazo, para sustituirlo por un juego abierto de oportunidades, para ir más allá del momento electoral y transformar y cultivar la mente ciudadana, para que ejerza sus derechos garantizados por la Constitución. Pero para ello tendría que comprenderse la democracia como disenso, gestión de diferencias, diversidad, soberanía, incluso autarquía de la sociedad civil frente al Estado, creación de reglas claras y mecanismos de contrapesos. ¿Por qué concebir la democracia exclusivamente como los mecanismos procedimentales para encontrar representantes?

Mientras esto no ocurra así, el dedazo seguirá ocupando el lugar de la voluntad popular expresada a través de los votos y no en el dedo levantado de aglomeraciones. En mi curso sobre revoluciones comparadas, analizamos un denominador común que tenemos con Rusia, un país que también por su pasado histórico, no trae a la democracia en sus *genes* culturales, tejidos por los hechos y las creencias. Rusia entró a la modernidad con profundas adversidades, analfabetismos y desigualdades sociales profundas. Provenientes México y Rusia de feudales estructuras agrarias y condiciones premodernas, enfrentaron durante el siglo XIX temprano y tardío a una intelectualidad tradicional. más especializada y entusiasmada por las sagradas escrituras, cristianas y ortodoxas, que en cultivar la libertad civil y el fortalecimiento del Estado, circunstancia

que sucede en México hasta la llegada de la generación juarista al poder. Pero ninguno de los dos países que hicieron las dos primeras revoluciones del siglo XX, tuvieron en sus culturas locales y nacionales teoría política sobre derechos civiles a un David Hume, ni a un John Locke; menos a un Kant, a un Hobbes, ni a un Rousseau, quienes dieron al ciudadano la posibilidad de hacer transitar a la fe religiosa en acción política, a partir de experimentar íntimamente el conocimiento, vivir la oleada cognitiva de la Ilustración, para construir la vida civil. Occidente impactó e impregnó al mundo con nuevos valores y creencias, pero no todos los pueblos de Occidente tenían en sus pasados las prácticas y raíces tradicionales la tolerancia, la libertad, ni la cultura de la conversación en las asociaciones y espacios civiles para gestionar el *Conflicto* y las diferencias entre sí.

Los pueblos latinoamericanos entramos al siglo XIX, confundidos entre ideales y determinaciones reales, entre querer y no poder, aspirar a repúblicas cuyo pasado fue densamente monárquico, balanceada la identidad entre localidad aislada y nación federada; gestionar una industrialización que suponía someter a las tradiciones productivas agrarias; entramos al siglo XX sometidos a quien se erigió en la centralidad de la economía mundial, un país que paso del sueño democrático a ser imperio.

Seamos claros: construir al sistema político ideal, pero también más inestable, tarda muchos siglos, como bien insistía Ikram Antaki. Requiere un conjunto de piezas previas aportadas por el desarrollo económico, para ampliar la educación y las oportunidades. Por lo demás, un país como México, que atraviesa actualmente por una bipolaridad entre periodistas asesinados o periodistas enriquecidos, nos revela mucho del rumbo extraviado de nuestra democracia, sometida además al imperio de la ley de "Plata o Plomo" con la cual, dicho sea de paso, pierde sentido la definición de Estado de Max Weber, como el monopolio de la violencia, la única instancia garante y legítima para ejercerla, para cuidar la vigencia y respeto a la ley. Encontramos hoy ante poderes de facto, con armamento, fuerza, recursos económicos superior a la que posee el propio Estado, nos ubica en un contexto real mucho más cercano al dedazo, que a la democracia representativa.

Paradójicamente, la llegada de la Cuarta sí significó una nueva oxigenación democrática, sustentada en el voto masivo de miles de mexicanos ofendidos y cansados del exceso y engaño que fueron los doce años de Acción Nacional y el regreso del PRI. Y sin embargo, la terca realidad nos ubica hoy ante la posibilidad de un franco regreso del ritual que simula como ningún otro la voluntad de las mayorías. Las intenciones caudillistas del dedazo sólo se neutralizan con movilización ciudadana –más allá de los partidos políticos desprestigiados– con prensa libre de amenazas y presiones.

\* [jltalancon@yahoo.com.mx](mailto:jltalancon@yahoo.com.mx)

# Origen del dedazo y la consecuente política falangista

Ricardo León García

**C**iudad Juárez.- Dijo el bate potosino Francisco González Bocanegra que el dedo divino ha escrito el destino de la patria. Su idea quedó plasmada en los versos que propuso para que formaran parte del Himno Nacional, estrenado en septiembre de 1854. No mucho tiempo después, los gobernantes mexicanos se apropiaron del dedo: asumieron como suyo ese origen celestial y se sintieron con derechos supranaturales. Desde entonces suponen que para que el destino se cumpla y la democracia sea tal, basta con la ratificación popular de su sabia decisión para elegir a su sucesor. He aquí el surgimiento del dedazo.<sup>1</sup>

Pero las cosas no pueden ser tan simples como imponer a un sucesor. La política es un constante ‘estira y afloja’, un permanente “te doy, pero me das”; el establecimiento de pactos y alianzas, así como la búsqueda de lealtades y el siempre ojo avizor para evitar daños mayores en caso de traiciones o movimientos no calculados. La idea de que la cabeza del Estado ejerce poderes omnímodos entre los que se encuentra decidir quién le ha de suceder se ha extendido entre la mayoría de los habitantes de la República Mexicana. Ni siquiera el estilo monárquico de selección entraña tanto “misterio” como el mecanismo del dedazo.

En los estados monárquicos no hay tapados ni la gente está a la expectativa para saber hacia dónde apunta el dedo. Vale decirlo, el sistema se rige por una escrupulosa normatividad gracias a la cual nadie duda de la legitimidad del sucesor, le guste o no el resultado final a quienes les provoca dolor o al menos algo de prurito en salva sea la parte si quien sucede no va de acuerdo con lo que se espera para el futuro inmediato. Ciertamente, existen excepciones y es cuando con el índice del monarca apunta hacia un miembro de la realeza que no se encontraba ubicado en la línea de los claramente posibles.

La tradición es muy difícil de romper y la nobleza está sostenida con alfileres. Aun así, las sociedades tan progresistas y desarrolladas como las que más, sostienen todavía a esa partida de inútiles que conforman la nobleza y las casas reales. Se han metido en el aparato legal el formato de monarquías constitucionales, donde la cabeza del estado no es más que un adorno y el poder real es ejercido por los consejos de ministros o un parlamento que designa a un primer ministro que, aunque le reporta al monarca, en realidad se hace cargo de un poder ejecutivo. Este poder puede estar determinado por los contrapesos en el parlamento y en el poder judicial. Más o menos así dicen que funcionan las monarquías democráticas. Sin embargo, sabemos que resultan tan quiméricas como las que no conservan la figura de la realeza.

Por lo general, el preciso (hasta ahora no ha existido una precisa) ha dedicado su vida al sacrificio por el país y no ha tenido la oportunidad de ponerse a estudiar muy a fondo que digamos esos asuntos que tienen relación con la toma de decisiones. Mucho menos comprende la manera en cómo las cabezas de estado resuelven un asunto tan fundamental como la determinación de sucesor, aunque las leyes dispongan los mecanismos. Es claro que el mundo se va con la finta de que la democracia funciona y es el pueblo sabio el que determina quién ha de gobernarle. La ingenuidad es la madre de todas las victimizaciones, dijo mi abuela. Pero mientras funcione la ignorancia para legitimar el ejercicio del poder, bienvenida será.

Benito Juárez nunca se atrevió a señalar a un sucesor. Estaba tan seguro de que se vería favorecido por la vida eterna que la muerte lo sorprendió sin organizar un esquema sucesorio, aunque me digan que para eso existía la Constitución de 1857. No es gratuita la serie de levantamientos contra Juárez, porque parecía que no quería dejar el puesto. Se

le terminó el tiempo y la vida y no hubo más remedio que Sebastián Lerdo de Tejada se hiciera cargo del puesto, quien tampoco lo quería soltar, y antes de que se diera cuenta, fue destronado en un cuartelazo dirigido por Porfirio Díaz.

No cabe duda de que la opinión de Díaz fue fundamental para que en 1880 fuera sucedido por su compadre, el general Manuel González. Así como también es muy probable que González haya designado como sucesor a su antecesor en 1884. Sin embargo, a don Porfirio y a los porfiristas de cepa se les ocurrió que no había razón para andar jugando al gato y al ratón; y se llevaron casi tres décadas de reelecciones sin establecer un mecanismo seguro para garantizar una sucesión tersa. ¿Les habrá temblado el dedo? Se barajaron muchos nombres, tantos que a la mera hora fue más fuerte la vorágine de la violencia que provocó la dimisión del anciano general, que tuvo que abandonar el país sin nombrar un delfín. A Madero, a Huerta, a los presidentes de la Convención y a Carranza, ni tiempo les dio de pensar en dedazos ni cosas por el estilo, pues las facciones adversarias tuvieron la fuerza suficiente para bajarlos de la silla presidencial.

La banda triunfante que emergió del movimiento armado formuló un plan aparentemente bien armado, con el que sus miembros se repartirían el botín desde Palacio Nacional, en un juego sucesorio más o menos lógico (siempre de acuerdo con los superiores intereses del grupúsculo mismo, en connivencia con sus aliados y sus comparsas). El juego salió conforme a lo planeado, hasta que en 1928 fue eliminado a balazos el presidente reelecto Álvaro Obregón. Las alianzas parecían rotas, las lealtades no lo fueron más y en el reacomodo surgió la figura de un gran elector, a quien parece que no le podía que dijeran que usaba el dedo para decidir el rumbo personalizado que debía tomar la continuidad del régimen “popular

y democrático” emanado de la revolución mexicana. Plutarco Elías Calles y sus compinches fueron muy hábiles al colocar sus piezas en Palacio: Portes Gil, Ortiz Rubio, Rodríguez, Cárdenas... y el aparente encanto se rompió.

El asesinato de Obregón obligó a la élite revolucionaria a replantear el sistema de alianzas, a ajustar la plantilla de generales del ejército, a cancelar el conflicto con la iglesia católica, a reafirmar los compromisos con los estadounidenses y a pactar con los grupos populares que por todo el país manifestaban su desencanto por las promesas no cumplidas por las instituciones autocalificadas de democráticas. La solución no podía resultar más genial: en torno a la figura de Calles, se aglutinaron organizaciones y pactos para formar el Partido Nacional Revolucionario (PNR). El partido estableció reglas muy claras, las formales y las implícitas, con lo que se institucionalizó el cónclave que en el argot popular se le conoció como *dedazo*. La leyenda menciona que quien decidía era Calles, aunque resulta poco probable que se tratara de la decisión de una sola persona. Eso sí, los procesos electorales se fomentaron para que todo el mundo supusiera que tenía la capacidad de elegir al señor presidente.

Decíamos que el encanto se rompió con la llegada de Cárdenas a la presidencia. Por ningún motivo el general michoacano permitiría que el general sonoreense y sus allegados siguieran decidiendo cuál personaje debía ocupar la silla presidencial. Aun cuando Cárdenas alcanzó la primera magistratura por designio del sagrado dedo, muy pronto dejó claro que su sucesor debía ser apuntado por otro dedo, el propio. Para tranquilizar los ánimos de quienes sostenían el sistema encabezado por el ahora llamado Partido de la Revolución Mexicana (PRM, antes PNR), el dedo señaló a un general conservador, Ávila Camacho.

Con ánimos de ilusionista de carpa de barrio, la élite revolucionaria simuló cambios que trataban de ocultar una terrible historia de corrupción y autoritarismo. A alguien se le ocurrió la inaudita y desvergonzada idea de crear el oxímoron “Partido Revolucionario Institucional” (PRI, antes PRM y más antes PNR). Para demostrar que las cosas no eran igual, aunque seguían siendo las mismas, los creadores de la renovación partidaria señalaron al político veracruzano Miguel Alemán para tratar de enterrar la ominosa relación que el populacho hacía entre militares y corrupción.

Resulta complicado decidir si un personaje corrupto tuvo acceso a la presidencia o un presidente cedió al canto de las sirenas de la corrupción. Lo cierto es que el dedo, la reconstrucción del partido, la preocupación por el avance de la corrupción y la eliminación de los militares de la línea de sucesión, fueron cortinas de humo que se convirtieron en características de las siguientes décadas en la vida política mexicana. En la cuestión digital, Alemán y la gente que le rodeaba decidieron señalar al grisáceo Ruiz Cortines como sucesor, como la menos peor de las salidas. El resquebrajamiento de la unidad dentro de la élite decisoria era evidente, pues todos sus miembros buscaban seguir hinchando sus cuentas bancarias personales y el canibalismo les impedía ceder posiciones.

La hilera de ocupantes de Los Pinos desde López Mateos hasta Zedillo (en el medio quedan Díaz Ordaz, Echeverría, López Portillo, De la Madrid y Salinas), siguió siendo obra de ese mecanismo dactilar. Al método, aunque asumido con poses monárquicas y ostentado como si los chicharrones del preciso fuesen los únicos capaces de tronar, se le criticó desde todas las posiciones políticas que se decían contrarias al priismo. Los ataques provocaron en los priistas lo mismo que el viento a Juárez.

Los zedillistas no fueron capaces de colocar a Labastida en el puesto, aunque ya dudo si en realidad buscaban hacerlo. Decidieron que fuera el sinaloense, político que quedó por encima de finísimas personas, como Madrazo, Bartlett (sí, el mismo que está usted pensando) y Roque Villanueva. México, país de tradiciones: las sirenas volvieron por sus fueros y cantábanle al oído a Fox. Cuando no se pudo marcar con el neodedo a Martha Sahagún, se intentó señalar a Creel, pero eran tantos los desacuerdos y falta de oficio político entre los panistas, que Felipe Calderón pudo hacerse de la candidatura y del puesto a partir de una elección de dudosa limpieza, para variar.

El fantasma del dedo siguió recorriendo Los Pinos e intentó entronizar a la consorte del preciso; pero de nuevo, la democracia en pleno se impuso a los usos y costumbres. Otra vez el dedo falló. ¿O acaso la decencia underground de la política de tan altos vuelos hizo que el panismo cediera el lugar a Peña Nieto, en detrimento de las aspiraciones de la gente que estaba detrás de Vázquez Mota? En el 2012 regresó el país a la versión original del estilo de gobernar, aunque por cuarta vez consecutiva

lo que veníamos arrastrando con la tradición del dedazo desde tiempos callistas no funcionó.

Me pregunto si desde los últimos años del siglo XX se reconfiguró el dicho dedazo. El término de moda es resignificación, pero no lo suscribo para este caso. Posiblemente seguimos pensando de manera muy ingenua que los partidos políticos son monolitos inquebrantables y que sus miembros obedecen ciegamente a los principios por ellos establecidos.

El dedazo, así pensado, no es más que una ingeniosa leyenda en la que creemos todos; a veces hasta quienes se sienten muy adentro de los círculos del poder político. No tendría por qué dudar en una especie de cónclave permanente, que siempre ha estado pendiente de lo que hacen y dejan de hacer quienes dan la cara y encabezan los diferentes órdenes de gobierno. A ese pseudocónclave acuden quienes en el momento tienen los medios para ejercer el poder supremo dentro de la nación. De acuerdo con las vueltas que da la vida, debe haber empresarios, militares, políticos, figuras de las iglesias (sobre todo de una, pero sin hacer de lado a las otras, de acuerdo con las circunstancias del día) y uno o algunos representantes de los intereses foráneos. Llegan al círculo selecto unos y otros lo abandonan por muerte, por haber sido sacados de la jugada, por quién sabe qué razones. No, no se trata de una tesis conspiracionista, más bien de la certeza de que el poder no se ejerce sin acuerdos y alianzas, y de que las cabezas de gobierno no son más que los peones de quienes manejan los hilos del poder real.

Quizá no hemos llegado a comprender que el dedazo sigue siendo lo que ha sido siempre. Quizá no nos hemos dado cuenta de que el gran elector no es una persona, sino un conjunto de seres que tras bambalinas siguen decidiendo digitalmente a quienes llegan a sentarse en la silla presidencial. Quizá los demás permaneceremos en el sueño de la democracia participativa y de los partidos políticos competitivos. De ahí la maestría con la que se puede desviar la atención de millones de personas, pendientes por saber el supuesto destino escrito por el dedo divino, por saber a quién se señala, mientras los que señalan siguen haciendo de las suyas con total impunidad.

\* *Mawryaka@hotmail.com*

<sup>1</sup> «Dedazo»: “Manifestación de la voluntad de un dirigente para nombrar a su sucesor o a un subalterno, sin consideración de leyes o reglamentos a propósito de la manera de elegirlos.” *Diccionario del Español de México (DEM)* <http://dem.colmex.mx>, El Colegio de México, A.C., [consultado el 30 de enero de 2022].

# Ad extremum digiti

Miguel Molina

*El dedazo es una costumbre política mexicana que se niega a abandonar el escenario. Consiste en que alguien elige discrecionalmente, a dedo, por encima de asambleas o elecciones internas, a los candidatos de un partido, en particular a los candidatos presidenciales.*  
Héctor Aguilar Camín

**G**inebra.- Uno. La necesidad de seguir mandando es tan vieja como la primera vez que un hombre tuvo autoridad sobre los demás. El primer mandatario pensó que el poder era suyo por derecho propio, después soñó que sería una cosa de nunca acabar, y terminó por darse cuenta de que perdería todo lo que había tenido, agobiado por el dolor intolerable de ya no ser, porque flores tan bellas nunca suelen durar.

Miguel Ángel ilustró la creación con los dedos de Dios y del hombre señalándose a sí mismos, y la elección de Pedro sobre los demás apóstoles fue un dedazo divino. Hace medio siglo Francisco Franco engendró a Juan Carlos de Borbón; y Hugo Chávez engendró a Nicolás Maduro hace más o menos nueve años, por citar dos ejemplos relativamente recientes. A fin de cuentas, el que manda elige a quien va a mandar. Pero nada es sencillo.

El dedazo en México no es precisamente igual al que se practica en otros lugares, ni al que se usó en otros tiempos. El dedazo nuestro es un ritual *sine qua non* de la política nacional, desde que los generales de la revolución acordaron dejar de matarse entre sí, para repartirse el poder de manera más o menos civilizada: te toca mandar a ti, y después me toca a mí; y más tarde, si se puede y no hay de otra, a todos los demás. Ese tránsito del poder en la política mexicana comienza con la elección del sucesor, el hombre señalado por el gran dedo.

Según el folclore, el presidente –que en teoría es la persona más y mejor informada del país– sopesa las virtudes y los defectos de quienes podrían continuar con su proyecto político, pero eso

nunca ha funcionado, porque en México no ha habido un proyecto nacional que vaya más allá de un sexenio. Como hemos podido ver, el sucesor no tarda en eliminar cualquier cosa que recuerde a quien lo nombró; y comienza a rehacer al país según su saber, su entender y su personal manera de ejercer el poder recién adquirido.

La liturgia (que comienza con un íntimo coloquio, según José López Portillo), al principio comprende a dos personas: al hombre del poder y a su elegido; y pronto se convierte en un asunto de masas: el dedo de Dios convoca estampidas políticas, supervisa adhesiones, vigila giras y nutre mítines, llena planas de periódicos, ocupa minutos de radio y de televisión, y etcétera que todo lo financia. Aunque tal vez todo eso pasa mucho menos que antes, no es lo mismo pero es igual.

Cuando uno dice dedazo, piensa en los gobiernos que hubo después de la revolución mexicana. Y así Plutarco Elías Calles engendró a Emilio Portes Gil, a Abelardo L. Rodríguez y a Lázaro Cárdenas; Cárdenas engendró a Manuel Ávila Camacho, que engendró a Miguel Alemán Valdés, que engendró a Adolfo Ruiz Cortines, que engendró a Adolfo López Mateos, que engendró a Gustavo Díaz Ordaz, que engendró a Luis Echeverría, que engendró a José López Portillo, que engendró a Miguel de la Madrid, que engendró a Carlos Salinas de Gortari, que engendró a Luis Donaldo Colosio y (a la muerte de éste) a Ernesto Zedillo.

Zedillo no engendró a nadie: se desentendió de su papel histórico como líder del Partido Revolucionario Institucional y prefirió no intervenir en la sucesión presidencial. Para decirlo en

pocas palabras: con él terminó la línea de hombres fuertes que elegían a sus favoritos. Roto el pacto de los generales, la clase política nacional no halló un dedo que señalara a nadie, porque nadie –es un decir– hizo lo que antes había hecho ganar a otros candidatos. Ni Vicente Fox, ni Felipe Calderón engendraron a nadie en Acción Nacional, aunque no les faltaron ganas; y Enrique Peña Nieto no pudo engendrar mucho cuando el PRI volvió a la presidencia. Hay quienes piensan que ahí se le acabó la uña al dedo, y que los presidentes ya no decidirán quién los va a suceder.

## II

Uno podría afirmar que el dedazo nació oficialmente en México un viernes de enero de 1823, cuando el Reglamento Provisional Político otorgó al Emperador el derecho de nombrar una regencia –entre uno y tres individuos de su alta confianza– en caso de su muerte o su incapacidad para seguir gobernando. O el viernes 16 de diciembre, treinta años después, cuando el Congreso dio a Antonio López de Santa Anna la facultad extraordinaria de nombrar sucesor, en caso de fallecimiento o imposibilidad física.

Pero –antes y ahora– detrás del dedo está la mano. El dedo elector señala y la mano es la que organiza. Y la mano tenía y tiene acceso al dinero y la infraestructura para garantizar la victoria del candidato: recursos para apoyar y promover la candidatura del elegido, y capital político para imponer calma en otros aspirantes de grado o por fuerza, para que el elegido llegue al poder. La mano elige al candidato recién nacido, lo arropa, le mece la cuna, le financia la campaña, y arrea a las huestes en su

apoyo. El acto solitario de decidir se vuelve un asunto de masas, la cargada. En aquellos tiempos, todos –sindicatos, uniones, partidos chiquitos, cámaras y confederaciones, clubes y colegios juntas de vecinos, todos– presentaban sus respetos al ungido. Había elecciones, ganaba el candidato. Todo estaba consumado. Luego todo se repetía. La historia se cuenta ahora para quienes no la conocían, o la habían olvidado.

Aunque han pasado los años, la máquina política mexicana todavía funciona con las mañas de siempre, porque (como advirtió cada vez que pudo Carlos Castillo Peraza, presidente que fue del Partido Acción Nacional) todos llevamos dentro un pequeño priista. El país no tiene otro referente político para la cosa pública: el pasado nos condena a seguir haciendo lo que se hacía antes, y el dedazo –y todo lo que viene después– es parte de la naturaleza política de nuestro tiempo: son usos y costumbres políticas de la élite que ha estado en el poder desde que la revolución se hizo gobierno.

## III

Uno puede pensar sin exageración que el dedazo es producto de la falta de instituciones fuertes y confiables al final del conflicto armado, y desde entonces a la debilidad de esas mismas instituciones –entre ellas los partidos–, afectadas durante décadas por la corrupción y la ineficiencia, como los mexicanos han podido comprobar en carne propia y en cabeza ajena.

Sería imposible imaginar que un mandatario eligiera a su sucesor en otros países (me parece que el último dedazo en Europa se produjo cuando Francisco Franco designó heredero y Rey a Juan Carlos I de Borbón; y en América Latina cuando Hugo Chávez anunció que Nicolás Maduro heredaría la Presidencia de Venezuela), porque casi en todas partes hay mecanismos que alientan el debate político, primero entre precandidatos de un partido, y después entre los candidatos de todos (o casi todos) los partidos; y los procesos son más o menos limpios. Ningún sistema es químicamente puro, pero ninguno sufre las perversiones del mexicano.

También hay dedos menores que ejercen el poder de nombrar a quienes les plazca en puestos de gobierno de estados y municipios, pero son consecuencia del añejo ejercicio mayor; aunque no faltan intervenciones presidenciales para que un favorito logre por designa-



*“Miguel Ángel ilustró la creación con los dedos de Dios y del hombre señalándose a sí mismos, y la elección de Pedro sobre los demás apóstoles fue un dedazo divino.”*

ción superior lo que no habría podido alcanzar con la fuerza de sus capacidades, ni con el mérito de sus habilidades, o el tamaño de su experiencia. El uso del dedo es una costumbre universal del poder, aunque no se practica de la misma manera en todas partes.

Lo que se puede ver es que el dedazo no ha muerto y se sigue usando, aunque de otra forma: es el mismo infierno con diferente diablo. La colección de aspirantes oficiales que no hace mucho dio a conocer el presidente López Obrador no es muy diferente de la pasarela de candidatos que usó Luis Echeverría para ver quién era quién y cómo reaccionaba el resto de la corte política. Del heredero *ad extremum digiti* de uno, a la candidata *in pectore* del otro, no hay gran distancia. Los potenciales candidatos de la oposición –por llamarla de alguna manera– no parecen despertar mayor interés, porque no hay dedo que valga.

## IV

El dedazo a la mexicana se diferencia de otros dedazos de antes y de ahora, en que es un acto institucional que emana del poder para mantener el orden de las cosas. Va a seguir así, con altibajos y modalidades conforme a los tiempos. No es ilegal en sentido estricto, hasta que comienzan a usarse recursos públicos para promover una decisión privada, pero es una piedra en el zapato de la democra-

cia.

Tal vez cuando vengan generaciones que no hayan conocido la forma tradicional del dedazo, ni hayan crecido con las mañas políticas de otro tiempo, los mexicanos de entonces podrán buscar –y encontrarán– otras formas de hacer posible lo necesario, después de cien años de gobiernos que no han servido de mucho. México no está mejor que antes, aunque muchos mexicanos lo estén.

El riesgo grande es que si no pasa eso, si no logramos ignorar al dedo grande y la mano que lo mueve, si no podemos fortalecer las instituciones, si no encontramos la forma de hacerlo todo de otra manera, seguiremos esperando sin saberlo el día en que el dedo mayor vuelva a la vida, se señale a sí mismo y comience a venirse abajo esta colección de pueblos y de historias que llamamos México. Entonces todos los dedos van a señalar a todos lados.

*\* Miguel Molina es un periodista veracruzano. Ha trabajado en medios de México, Estados Unidos, América del Sur, Europa, Asia y África. Es instructor en la Universidad de Ginebra y durante varios años coordinó un taller de producción de documentales de radio en la maestría de Periodismo Convergente de la Universidad Islámica de Delhi.*  
*\*\*miguel.molina@mac.com*

# Cartón de Chava



facebook

15diario TV

YouTube

Desde Monterrey, Nuevo León, México



En la **UANL** contamos con  
**84 programas**  
de **licenciaturas de calidad**



Conoce nuestra  
oferta educativa



La  
excelencia  
por principio  
la **educación**  
como instrumento